

The background of the cover is a painting of a prison cell. In the foreground, there is a rough, stone bench. To the right, a window with a metal cross-shaped frame looks out onto a bright, hazy landscape. The walls are made of stone and have some faint, decorative patterns near the top. The overall color palette is warm, with yellows, browns, and greys.

Victor Hugo

El Último Día de
un Condenado
a Muerte

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ÚLTIMO DÍA DE UN CONDENADO A MUERTE

VICTOR HUGO

PUBLICADO: 1829

FUENTE: BOOKS.GOOGLE.ES

TRADUCCIÓN: JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA

**EDICIÓN ORIGINAL: MADRID, IMPRENTA DE NORBERTO
LLORENCI, 1834**

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Si no tuvieran otro objeto las obras de imaginación que llenar con sus pinturas algunos momentos de ocio, y pasaran por la mente sin dejar en ella más que ligeras y triviales huellas, apenas merecerían que se consagrasen a su composición, como en todos tiempos lo han hecho, profundos filósofos, célebres poetas, y varones doctos y a todas luces apreciables. Pero no suministran la invención y la fogosa fantasía, a las obras clásicas de este género, más que el colorido, la pompa y el ornato con que la moral se engalana. La esencia de las invenciones de Homero y de Platón, de Shakespeare y de Cervantes, su tendencia y sustancia los dio la virtud misma; la forma sola fue hija de la poesía. Lo mismo puede decirse del siguiente libro de Victor Hugo. En él se representan con la verdad de la naturaleza, que sirvió a su autor de modelo, los combates y pasiones del hombre dentro de sí mismo; la agitación de su ánimo en medio del tempestuoso tumulto de mil pasiones encontradas; la lucha de la desesperación y la esperanza; del temor y de los remordimientos; de la impiedad y de la religión. Y al través de tan lastimero y melancólico drama, cuya opacidad misma cautiva la razón y la agita y la suspende, se ve la verdadera filantropía, mitigando la indignación del legislador, deteniendo el brazo del magistrado, y en nombre de la humanidad pidiendo al hombre por el hombre mismo, y por sus hijos a las naciones.

Aquellos en cuyos pechos arde el noble amor de la virtud; los que aprecian con sinceridad y ardor los progresos de su especie; los que esperan ver a sus hijos un día facilitar en la magistratura o en el gobierno la perfección social, y la mejora del ente humano, recibirán ciertamente con gratitud un

cuadro en que están pintados tan al vivo el corazón y el juicio del hombre, desfallecidos bajo el peso de los padecimientos.

Victor Hugo es además distinguido escritor de una de las dos escuelas modernas de literatura. Su nombre y escritos, aunque conocidos entre los doctos de España, son un misterio para el público, en cuyo obsequio se ha hecho la traducción que sigue, esperando que le sea grato conocer la más acabada obra de una de las plumas célebres de este siglo.

PREFACIO

Este libro puede haber tenido uno de dos orígenes: o habrá existido en efecto un legajo de papeles amarillentos y desiguales, en que estaban registrados los últimos pensamientos de un infeliz, o algún hombre meditabundo de los que observan la naturaleza para provecho del arte, algún filósofo o poeta, se dejaría poseer quizás de semejante fantasía, y tendría que ponerla en un libro para desembarazarse de ella.

De estas dos explicaciones elija el lector la que guste.

I. BICÊTRE

¡Condenado a muerte!

Ya hace cinco semanas que vivo solo con este pensamiento; de continuo encadenada por él la mente, de continuo oprimida con su peso. En otros tiempos —(¡años me parecen los días!)— era yo un hombre como los demás. Cada época, cada hora y aun cada minuto me traía consigo sus ideas; y mi ánimo infantil y fecundo, y lleno de imaginaciones diversas, se complacía en presentármelas progresivamente sin orden y sin fin, bordando de inacabables arabescos la ruda aunque endeble tela de la vida. Ni vía mi fogosa mente más que graciosas jóvenes, escenas rápidas, dignidades honoríficas, batallas ganadas, teatros llenos de luz y de alegría; —y bellas jóvenes de nuevo, y umbrosos paseos nocturnos bajo los brazos gigantescos de los castaños. Siempre era día de fiesta en mi fantasía; y gobernaba la voluntad del pensamiento, porque estaba libre.

¡Pero ahora me hallo cautivo! Mi cuerpo yace cargado de hierros en un calabozo, y mi razón aprisionada por una idea horrible, sangrienta e implacable. No me queda ya más que un solo pensamiento, una convicción sola, una certeza... ¡La de estar condenado a muerte!

¿Qué haré para librarme de este pensamiento infernal, que de continuo encuentro a mi lado cual espectro celoso y solitario, ahuyentando de mí toda distracción, mirándome sin cesar cara a cara, hiriéndome: ¡infeliz de mí! con férrea mano, cuando pienso volverle la cabeza, o cerrar los ojos para no verle? A dondequiera que huye la despavorida imaginación, allí se presenta él en diferentes aspectos, mezclándose como tristísimo eco a cuan-

tas palabras me dicen, cruzándose a mi vista en las odiosas rejas del calabozo, persiguiéndome en la vigilia, y espiando mi dormir convulsivo, hasta aparecerse de nuevo en tenebrosos ensueños, bajo la forma de una cuchilla.

Acabo de despertar sobresaltado de sus espantosas imágenes, diciéndome a mí mismo — ¡Al fin no es más que un sueño! — Pero antes que mis cargados ojos hayan podido entreabrirse lo bastante para ver el mismo pensamiento fatal grabado en la funesta realidad que me circuye; en el húmedo y sudoroso embaldosado de mi habitación; en los pálidos rayos de la lámpara que la alumbra; en la trama grosera de mis vestidos; en el bulto sombrío del centinela, cuyas armas lucen por entre las barras de hierro de la puerta, ya me parece que una voz perseguidora ha repetido — *¡Condenado a muerte!*

II

Hacía tres días, en una de las más bellas mañanas de agosto, que se estaba oyendo mi causa. Tres días que mi nombre y mi crimen juntaban por las calles nublados de espectadores, que venían ansiosos a posarse en los bancos de la sala de audiencia, como los cuervos alrededor de un cadáver. Tres días que el espectáculo fantasmagórico de jueces, testigos, abogados y fiscales, pasaba y repasaba por delante de mi vista, grotesco a veces, con frecuencia sanguinario, y siempre fatal y sombrío. Las dos primeras noches no había podido dormir de inquietud y de terror; la tercera me dieron sueño el despecho y el cansancio. Quedaban los jurados deliberando todavía en la mitad de la tercera noche, cuando me volvieron a mí a la paja de mi calabozo, adonde caí desde luego en un sueño de completo olvido. Aquellas fueron las primeras horas de reposo que había logrado después de muchos días de horrorosa agitación.

Aún me hallaba sumergido en lo más profundo de aquel profundo sueño, cuando vinieron a despertarme. Pero no bastaron entonces para conseguirlo, ni el paso duro del carcelero, ni el ruido de sus zapatos herrados, ni el retintín de su manojo de llaves, ni el ronco rechinar de los cerrojos. Fue menester que para sacarme del letargo en que yacía me moviese violentamente con su mano ruda, y gritase su ruda voz a mi oído — ¡Arriba!

Abrí entonces los ojos con sobresalto, y me repuse y apoyé sobre el codo, precisamente en el instante en que lucía la plataforma del corredor vecino (único cielo que me era dado entrever por una estrecha y alta ventanilla) con aquel reflejo amarillo, en que los ojos acostumbrados a las tinieblas de una cárcel, saben reconocer la presencia del sol con tanta certeza.

—¡Hermoso tiempo! —le dije al carcelero, que estuvo un rato sin contestarme, dudando quizás en su juicio, si merecía mi observación el dispendio de una palabra; al fin murmuró bruscamente y no sin algún esfuerzo: — ¡Puede ser!

Continuaba yo entretanto inmóvil, la razón aún casi adormecida, los labios sonriendo, y la vista fija en aquella dulce reverberación dorada que esmaltaba la plataforma —¡Qué bello día! —repetí embelesado—. Sí, señor, respondió el hombre. Ahí fuera le están a usted esperando.

Aquellas pocas palabras me repulsaron violentamente hacia la realidad, como suele el hilo romper a deshora el vuelo de un insecto. Y súbito me pasaron por los ojos cual en la luz del relámpago, la sala sombría del tribunal; la herradura que forman los jueces en sus asientos, ornada de ensangrentados jirones; la triple línea de testigos con su mirar estúpido; los dos gendarmas a los extremos de mi banco; las ropas negras agitándose; las cabezas de la multitud hormigueando en la sombra del fondo; y fija sobre mí la vista de los doce jurados, que habían velado mientras que yo dormía.

Me levanté pues como fuera de mí, trémula la boca, inciertas las manos, sin saber a dónde hallar el vestido, y con las rodillas tan débiles que tropecé al primer paso como suele un hombre sobradamente cargado. A pesar de todo seguí como pude al carcelero.

Dos gendarmas me esperaban a la salida del calabozo, adonde me pusieron las esposas, con un candadito muy complicado que cerraron cuidadosamente. Yo no hice el menor movimiento. Fue aquello lo mismo que poner una máquina sobre otra.

Atravesamos de allí un patio interior, adonde levanté la cabeza reanimado por el aire vivificador de la mañana. Estaban los cielos del todo azules y diáfanos, y los rayos del sol, quebrados por las altas chimeneas del edificio, trazaban grandes ángulos de luz en la cima de los elevados y adustos muros de la cárcel. El tiempo era bellísimo en efecto.

Subimos a continuación una escalera de caracol, pasamos tres corredores consecutivos, se nos abrió después una puerta muy baja, y vino a herir mi rostro en el mismo punto cierto aire caliente acompañado de ruido. Era este el aliento del gran gentío que esperaba ya en la sala de audiencia, adonde entramos todos.

Excitó en ella mi presencia mucho vocerío y rumor de armas. Se movieron ruidosamente todos los bancos; resonaron las cavidades todas de la sala, y mientras la iba yo atravesando por entre dos masas de gente amuralladas de soldados, me imaginaba ser el punto céntrico de donde partían cuantos hilos daban movimiento a aquellos rostros inanimados y vacíos. Entonces advertí que no tenía ya puestas las esposas, pero nunca he podido recordar ni cuándo ni en dónde me las quitaron.

Cuando llegué a mi sitio quedó todo de pronto en un profundo silencio; y al cesar el tumulto de la muchedumbre cesó también el de mis pensamientos, y entendí clara y repentinamente lo que hasta entonces solo había entrevisto de un modo confuso, a saber: que era llegado ya el momento decisivo, y que me iban al instante a leer mi sentencia.

Explique el porqué quien lo sepa; de tal manera se me presentó aquella idea, que no me causó terror alguno. Estaban a la sazón abiertas las ventanas; el aire y el bullicio de la ciudad llegaban libremente de la puerta exterior hasta nosotros; inundaba la sala tanta claridad, y había en ella tanta alegría, como si la hubiesen preparado para una boda. Los rayos del sol trazaban por todo su ámbito imágenes luminosas de las vidrieras, prolongadas por el suelo, desenvueltas en las mesas, o rotas en los ángulos de las paredes; y cada rayo de los que atravesaban los cristales se abría en el interior formando un prisma de dorado polvo.

Los jueces sentados a la cabecera de la sala parecían contentos; tal vez porque esperaban acabar pronto. En el rostro del presidente, iluminado por uno de los cristales, se descubría mucha benignidad y calma; y un asesor joven se entretenía en doblarse y desdoblarse la banda, mientras hablaba casi risueño con una señorita de sombrero rosado, sentada por favor detrás de él.

Solo los jurados estaban pálidos y abatidos; pero era, al parecer, por haber velado toda la noche. Bostezaban sin cesar algunos de ellos; mas no había signo en sus semblantes indicativo de haber acabado de pronunciar una sentencia de muerte. Yo no pude colegir otra cosa de las facciones de aquellos buenos señores que su vehementísimo deseo de acostarse.

Había enfrente de mí una ventana completamente abierta, debajo de la cual se oían reír en el muelle las vendedoras de flores; y doraba el sol al mismo tiempo, al borde de la vidriera, una florecita pajiza, que se mecía al viento en la grieta de una piedra.

¿Cómo hubiera podido una predicción siniestra lanzarse en medio de tan risueñas sensaciones? ¿Cómo pensar yo en otra cosa que en mi libertad, inundado así de sol y de aire?

Un rayo de esperanza vino pues a lucir en mi pecho como lucían los cielos en derredor mío; y aguardaba ya casi impaciente mi sentencia, y la libertad y la vida con ella.

Al fin entró en la sala mi abogado, a quien se estaba esperando, y que venía de desayunarse apetitosa y copiosamente. Al llegar a su puesto, se inclinó hacia mí con sonrisa, diciéndome en voz baja: — ¡Mucho hay en qué confiar todavía! — ¿No es cierto que puedo todavía conservar esperanzas? — le respondí yo también sonriéndome ligeramente—. Sin duda —continuó el abogado—. Yo ignoro aún cuál ha sido el veredicto¹, pero si se desentenden de la premeditación con que se cometió el hecho, se contentarán con presidio perpetuo. — ¿Cómo presidio perpetuo? ¿Qué está usted ahí diciendo? — le repliqué yo indignado—. ¡Antes mil veces la muerte!

¡La muerte! ¡Sí! — Y además me repetía yo dentro de mí mismo;— ¿qué arriesgo yo en explicarme así? ¿Cuándo se ha visto pronunciar una sentencia de muerte sino a media noche, en una sala sombría, negra, y en el frío de las lluviosas noches de invierno? — Pero en el mes de agosto, a las ocho de la mañana, en tan bello día, y en las manos de estos buenos jurados... ¡Imposible! — Y se fijaron mis ojos de nuevo en la graciosa flor que los rayos del sol bañaban.

El presidente solo había estado esperando a mi abogado; me pidió que me levantara. Echaron las tropas armas al hombro, y todos los circunstantes se pusieron en pie al instante mismo, como pudieran a impulsos de un choque eléctrico. Un hombrecillo nulo y de mal aspecto sentado a una mesa en las gradas del tribunal, probablemente su escribano, tomó la palabra, y leyó el veredicto pronunciado por los jurados en mi ausencia. Un sudor frío bañó todos mis miembros al oírlo, y tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

— Abogado, preguntó el presidente—. ¿Tiene usted algo que exponer relativo a la aplicación de la pena?

¡Yo sí que hubiera tenido mil exposiciones que hacerle! Pero se me había pegado la lengua al paladar, y no acerté a pronunciar una sola palabra.

Se levantó mi abogado, y según yo entendí, trató de atenuar en lo posible la declaración del jurado, pidiendo en vez de la pena que esta provocaba, galeras perpetuas, la esperanza de cuyo logro me había ofendido tanto.

Grande debió ser mi indignación en aquel punto para abrirse paso por entre los millares de emociones que se disputaban mi pensamiento. Quise repetir en alta voz lo que había dicho antes. — ¡Primero mil muertes que galeras perpetuas! Pero me faltó el aliento, y solo me quedó acción para tirarle rudamente del brazo al abogado, gritando con fuerza convulsiva — ¡No! — Y cuando el fiscal combatió las razones de la defensa, escuchaba yo las suyas con imbécil alegría.

Salieron luego los jueces de la sala, volvieron en algunos instantes, y me leyó el presidente mi sentencia.

¡Condenado a muerte! gritó el gentío; y al conducirme a la puerta se agolpó el pueblo todo hacia mí, con el estruendo de un edificio que se desploma.

Yo iba por mi parte ebrio y distraído, como si una revolución completa acabase de trastornar todos los elementos de mi existencia. Hasta entonces había yo sentido mi propia respiración, los latidos de mi pecho, y me parecía vivir en el mismo medio que los otros hombres; pero desde la sentencia de muerte, una muralla formidable se había levantado entre el mundo y yo. Las anchas y luminosas ventanas de la sala, el resplandeciente sol que la bañaba, el matinal y puro y despejado cielo, la linda flor amarilla, todo se había vuelto blanquizco y pálido a mi vista, todo del color de dos lienzos sepulcrales. Los hombres, las mujeres y los niños que me impedían el paso, me parecían otras tantas fantasmas.

Al entrar en un carruaje negro, sucio, y asegurado con rejas de hierro, que me esperaba al pie de la escalera, volví casualmente la vista hacia la plaza. — ¡Un reo de muerte! gritaba la multitud corriendo a verme; y por entre la nube que me parecía separar de mí todas las cosas, observé que me miraban dos muchachas ansiosamente, y oí que la más joven exclamó palmoteando: — ¡Bueno! ¡Para de aquí a mes y medio!

1. Dictamen que emiten los jurados, declarando si el acusado ha cometido o no el crimen que se le supone.

III

¡Condenado a muerte! —¿Y por qué no? Me acuerdo de haber leído en cierto libro, que no tenía más que aquello bueno, *que todos los hombres están sentenciados a muerte con plazos indefinidos*. ¿En qué, pues, se ha cambiado mi situación?

Desde el momento en que se pronunció mi sentencia ¡cuántos no habrán muerto ya que se preparaban para una larga vida! ¡Cuántos se me habrán anticipado que, jóvenes, libres y sanos, pensaban ir tal día a ver caer mi cabeza en la plaza de Grève! —¡Cuántos de aquí allá, que andan y respiran ahora libremente, que entran y salen a su gusto, se me habrán también anticipado!

Y además, ¿qué pierdo yo con perder la vida? Los días oscuros y el pan negro del calabozo; la ración de calducho que me sacan del cubo de los galeotes; verme maltratar a cada instante, yo que había tenido una educación culta y esmerada; sufrir de continuo la brutalidad de carceleros y miguelotes; no poner la vista jamás en un ente humano que me crea digno de una palabra suya, ni quiera escuchar las mías; temblar incesantemente de lo que he hecho y de lo que van a hacerme: he aquí sobre poco más o menos los bienes que me arrancará el verdugo.

¡Ah! ¡No importa, siempre la muerte es horrorosa!

IV

El carruaje negro me trajo aquí, al odioso Bicêtre¹.

Visto desde lejos no le falta majestad a este edificio, que se despliega en el horizonte al frente de una colina, conservando en la distancia parte de su antiguo esplendor, y algún aire todavía de palacio regio. Pero a medida que se ve más de cerca, el alcázar se vuelve hospicio, y no halla más el observador que carcomidos y apiñados ornatos. Yo no sé por qué han de parecer siempre tan pobres y repugnantes estas fachadas de los palacios antiguos; no parece sino que sus paredes están cubiertas de lepra. Ya no hay ni vidrieras ni cristales en las ventanas, pero las cruzan en su lugar inmensas barras de hierro, por las que se descubre de cuando en cuando el semblante de un loco o de un galeote...

He aquí la vida vista de cerca.

¹. Antiguo palacio, reducido en el día a cárcel y hospital de lunáticos. (*Nota del Trad.*)

V

Apenas hube llegado se apoderaron de mí las férreas manos de los llave-ros, y no me dejaron ni cuchillo, ni aun tenedor para comer. También me pusieron la *camisola de fuerza*, especie de saco de fortísima lona, que sujeta los brazos y el movimiento de los otros miembros. Multiplicaron así las precauciones como responsables que eran de mi vida. Yo había apelado; la decisión del tribunal de apelaciones podía tardar seis o siete semanas; era pues menester en este intervalo conservarme sano y salvo para la guillotina.

Los primeros días me trataban con una dulzura horrorosa, que siempre huelen a cadalso las consideraciones del carcelero. Afortunadamente al cabo de poco tiempo recobró su imperio la costumbre, y me confundieron en su brutalidad común con los otros presos, sin acosarme más con aquella urbanidad insólita que me estaba continuamente poniendo el verdugo delante de los ojos. Ni fue esta la sola mejora que experimenté en mi suerte. Mi juventud, mi docilidad, las atenciones del capellán de la casa, y sobre todo algunas palabras latinas que dirigí al alcaide, que no las entendía, me abrieron el paseo una vez a la semana como a los otros infelices, e hicieron desaparecer la camisola que me tenía paralizado. También me han concedido, aunque no de muy buena gana, tinta, papel, plumas, y una lamparilla por las noches...

Todos los domingos después de misa me sueltan en el prado a la hora de la recreación. Allí hablo con los presos. ¡Con alguien había de hablar! y no son malas gentes los miserables. Ellos me cuentan sus hazañas, que horrorizarían a cualquiera, pero de que ellos se vanaglorían. También me enseñan su dialecto, *hablar caló*, como ellos dicen. Es esta una lengua injerta en la

común, una excrecencia repugnante, una especie de verruga. Tiene a veces singular energía y horroroso colorido: *derramar moscatel por el camino*, quiere decir teñirlo de sangre: *casarse con la viudita*, morir ahorcado, como si fuese la cuerda esposa de cuantos finan en ella. La cabeza de un ladrón tiene dos nombres: *universidad*, cuando medita, prepara, y aconseja el crimen: *zoquete*, cuando la corta el verdugo. Algunas veces aparece también el espíritu cómico en esta algarabía. *Chal de osista*, significa la cesta de un trapero: *la mentidora*, la lengua; pero generalmente no se compone más que de palabrotas raras, misteriosas, feas y sórdidas, que no se sabe adonde han nacido. Dicen *buchí*, al verdugo; *parné*, al dinero; y llaman *placarda* a la plaza de Grève, o de los ajusticiados. Parece hecho el idioma de zapos y de arañas, y piensa el que lo oye que se halla rodeado de alguna cosa sucia y polvorosa, o que le sacuden en los ojos un lío de trapos de un hospital.

Pero a lo menos los hombres que lo usan me compadecen, y son los solos de quien puedo decir otro tanto. Los carceleros, los llaveros y criados (no porque les guarde rencor), hablan y se ríen de mí, delante de mí mismo, como si no fuese yo más que una cosa.

VI

Me he dicho a mí mismo:

—Puesto que tengo lo necesario para escribir, ¿por qué no hacerlo? ¿pero qué puedo escribir? Metido entre cuatro paredes de piedra desnuda y fría, sin libertad para mover los pies, sin horizonte en que recrear la vista, siguiendo maquinalmente por única distracción el giro lento de un óvalo blanquecino que la claraboya del calabozo pinta de día en la pared opuesta, y como decía poco ha, siempre solo y cara a cara con una idea, ¡idea solitaria también de crimen y de castigo, de asesinatos y de muerte! ¿qué tendré yo que decir, yo que nada más tengo que hacer en este mundo? ¿qué podré yo encontrar en mi cerebro marchito y vacío que merezca trasladarse al papel?

Pero ¿por qué no? Si todo me parece en derredor monótono y descolorido, ¿no hay dentro de mí mismo una tempestad, una lucha, una sangrienta tragedia? Esta idea fija que me posee, ¿no se me presenta cada hora y aun cada instante con formas nuevas, más y más espantosas y cadavéricas, a medida que se va cumpliendo el fatal plazo? ¿Por qué no he de probar, si puedo explicarme a mí mismo, el terror y la violencia del abandono en que estoy? Asunto rico es el mío, y por mucho que me abrevien la vida todavía la han de llenar desde esta hora a la última, agonías, horrores y tormentos bastantes para gastar la pluma y agotar el tintero que me han dado. — Además, puede que observando mi propio martirio le mitigue un poco, distra-yéndome quizás al bosquejarlo.

Y puede que tampoco sean del todo inútiles mis borradores. Un diario de tantos sufrimientos hora por hora, minuto por minuto, suplicio por suplicio, si tengo fuerza para seguirlo hasta donde su continuación me sea *físicamente* imposible; la historia, por necesidad inconclusa, pero tan completa cuanto me sea dado hacerla, de todos mis sentimientos en estas horas de amargura, ¿no llevará consigo una terrible y profunda doctrina? ¿No se encontrarán en este proceso verbal de la razón agonizante, en esta progresión ascendente de penas, en esta especie de autopsia mental de un reo de muerte, provechosas lecciones para los que condenan? ¿Quién sabe si mi leyenda les detendrá alguna vez la mano cuando vayan a lanzar una cabeza que raciocina, una cabeza humana, en lo que ellos llaman la balanza de la justicia? Quizás no habrán jamás reflexionado en la sucesión lenta de martirios y aflicciones que arrastra en pos de sí la sucinta fórmula de una sentencia de muerte. Quizás nunca se han parado a considerar que hay una inteligencia en el hombre que matan; una inteligencia que contaba con la vida; un alma que no estaba preparada para la muerte. Pero no, no ven ellos en la sentencia más que la caída vertical de una cuchilla, y piensan indudablemente que no hay para el pobre reo ni angustias anteriores, ni otras más allá del patíbulo.

Mis escritos los desengañarán. Tal vez saldrán a la luz algún día, y detendrán por un momento el ánimo de los legisladores sobre los padecimientos del ánimo; porque estos son de los que ellos no se acuerdan, vanagloriándose de saber matar sin que el cuerpo apenas sufra. ¿Pero por ventura acaba aquí la humanidad sus funciones? ¿Qué son los dolores *físicos* comparados con los morales? ¡Oh, triste y malhadada legislación! —Pero vendrá el día, y quizás estos papeles, últimos confidentes de un desgraciado, contribuyan a su gloria, en que... —

Si el viento no los echa después de mi muerte por los prados y por los lodazares en pequeñas fracciones, o si no van a podrirse con la lluvia pegados a las rotas vidrieras de un carcelero.

VII

Si fuesen mis escritos algún día útiles a otras personas, si detuviesen la voz del juez en el acto de pronunciar la sentencia, si salvaran algunos desgraciados, inocentes o criminales, de la agonía en que estoy yo sumergido, ¿de qué me servirían a mí? —¿Qué objeto podrían llenar? ¿Qué me importaría su resultado? Cuando el hierro de la justicia haya herido mi cabeza, ¿qué daño podrán hacerme con cortar otras? —¿Cómo habré yo podido caer en semejantes delirios? ¿A qué demoler el cadalso después de perecer en él? Otra vez y otra me pregunto a mí mismo, ¿qué sacaré yo de tal victoria?

El sol, la primavera, los floridos campos, las aves saludando el día, las nubes, los árboles, la lluvia, la naturaleza, la libertad, la vida, todo se acaba para mí. A mí, sí. ¡A mí mismo es a quien yo debería salvar!

Pero ¿es cierto que no podré lograrlo, que habré de padecer mañana o quizás hoy, que no hay humano remedio? ¡Dios de misericordia!!! ¿Y no me desbarato la frente contra las paredes del calabozo?

VIII

Veamos lo que me queda de vida:

Tres días de detención después de pronunciada la sentencia, para apelar de ella.

Ocho días de olvido en la barra del tribunal de primera instancia, después de lo cual se envían al ministerio de justicia los *documentos* o los *expedientes*, como ellos dicen.

Quince días más esperando en casa del ministro, que ni sabe siquiera que los tiene allí, pero que, no obstante, se supone que los manda, después del debido examen, al tribunal de apelaciones.

En este se clasifican, archivan y numeran; porque hay gentío para la guillotina, y es menester que cada uno pase a su vez.

Quince días de examen y vigilancia para que no se hagan al reo ni agravios ni favores.

En fin, se junta el tribunal, regularmente en jueves, desecha veinte apelaciones en masa, lo envía todo al ministro, el ministro al procurador general, y el procurador general al verdugo. Tres días.

En la mañana del cuarto, dice entre sí el sustituto del procurador general, al añudarse la corbata: pues señor, es menester acabar el negocio este. Entonces, si el sustituto del escribano del tribunal está almorzando con algunos amigos, ni tiene otra cosa que se lo impida, se redacta la orden para la ejecución de la sentencia, se corrige después, se pone en limpio y se remite;

y desde el amanecer del otro día se oyen clavar y ajustar maderos la plaza de Grève, y dar alaridos por las esquinas los roncós pregoneros.

Total como mes y medio. — ¡Tenía razón la niña aquella!

De estas seis semanas, hace ya lo menos cinco, o quizás seis (porque no me atrevo a contarlas), que me hallo aquí en un nicho de Bicêtre, y me parece que no han pasado tres días: jueves era cuando me trajeron.

IX

Acabo de hacer testamento.

¿Y para qué? — A mí me han condenado en costas, y cuanto tengo apenas alcanzará para pagarlas. Cuesta muy cara la guillotina.

Yo dejo una madre, una esposa y una niña.

Una niña de tres años, cariñosa, amabilísima, muy delicada, con ojos negros rasgados, y cabellos castaños.

Dos años y un mes tenía cuando la vi la última vez.

Así quedarán a mi muerte tres mujeres sin hijo, sin padre y sin esposo. Tres huérfanas de diferente especie, tres viudas que la ley ha hecho.

Yo admito que mi castigo sea justo. Pero estas inocentes ¿en qué han delinquido? ¡No importa! Las leyes las deshonoran y las arruinan.

Poco me inquieta la suerte de mi anciana madre; ya tiene la pobrecita 64 años, y seguramente morirá de pesar: o si acaso va tirando unos cuantos días, con tal que no le falten en el brasero algunas cenizas calientes, a nadie incomodará, ni despegará sus labios hasta la última hora.

Tampoco mi mujer me desazona. Su salud estaba ya muy quebrantada, y su razón había sufrido golpes muy acerbos. También morirá.

— A lo menos si no pierde completamente el juicio, porque eso dicen que prolonga la vida. Mas la inteligencia no sufre entonces, sino que duerme y vive amortecida.

Pero mi niña, la hija de mis entrañas, la pobre Mariquita, que juega, canta y ríe en este instante mismo, sin dolor y sin temores... ¡esa sí que me hace padecer!

X

He aquí la descripción de mi calabozo.

Ocho pies cuadrados entre cuatro paredes de piedra, que se alzan en ángulos rectos alrededor de un suelo de losas, algo elevado sobre el nivel del corredor exterior.

A la derecha de la puerta conforme se entra hay una especie de nicho, o sea remedo de alcoba, adonde echan un lío de paja, en que se supone que duerme y descansa el preso, sin más vestido que un pantalón de lienzo y una chaquetilla de terliz, tanto en invierno como en verano.

Se levanta por encima en guisa de techo una bóveda, de que cuelgan espesas telarañas en la forma de andrajos y girones.

No hay ventana ni aun claraboya alguna, pero sí una puerta en que el hierro oculta la madera.

Me equivoco: en medio de la puerta hacia la parte superior, se ve una abertura de ocho o nueve pulgadas cuadradas, con su enrejado de hierro, que el carcelero puede cerrar por las noches.

El exterior se compone de un corredor bastante largo, aireado e iluminado por algunas estrechas claraboyas abiertas cerca del techo, y dividido en varios compartimientos de mampostería, que se comunican entre sí por una serie de puertas bajas y arqueadas; cada separación de estas sirve, por decirlo así, de antesala a un calabozo como el mío, en que ponen comúnmente a los presos condenados por el director de la cárcel a castigos particulares merecidos por su mala conducta; pero los tres primeros están reservados

para los reos de muerte, por su proximidad a la habitación del carcelero, y serles por lo tanto más cómodos.

Estos calabozos son lo solo que queda del antiguo palacio de Bicêtre, tal cual le edificó en el decimoquinto siglo el cardenal de Winchester, el que mandó quemar a Juana d'Arc. Así a lo menos se lo oí decir el otro día a unos *curiosos* que vinieron a verme en mi cueva, y me estuvieron examinando desde lejos como a uno de los animales feroces de la casa de fieras. Esta visita le valió un duro al carcelero.

Se me olvidaba decir que hay día y noche un centinela a la puerta de mi calabozo, y que no puedo levantar los ojos hacia la claraboya cuadrada, sin encontrar los suyos siempre fijos sobre mí.

Con todo, se supone que hay luz y aire en esta jaula de piedra.

XI

Puesto que no viene el día, ¿qué podré hacer de la noche? Dudando en esto se me ocurrió la idea de llevar la lamparilla alrededor de las cuatro paredes de mi celda, que están todas cubiertas de escritos, dibujos, figuras grotescas, y nombres que se mezclan y borran los unos con los otros. No parece sino que cada reo ha querido dejar aquí, a lo menos, algunas huellas de su existencia. Hay letras y rasgos diversos de lápiz, de yeso y de carbón; caracteres negros, blancos y pardos, y frecuentes y profundas incisiones en las piedras, y de cuando en cuando signos y palabras enmohecidas como si se hubieran escrito con sangre. Si mi ánimo estuviese más libre, ciertamente me interesaría este libro singular, que presenta una página a mi vista en cada piedra del calabozo. Entonces trabajaría en formar un todo de estas fracciones del pensamiento, esparcidas por las losas; en encontrar en cada signo el hombre que le había formado; en volverle vida y sentido a estas inscripciones mutiladas, a estos despedazados trozos, a estas palabras truncadas, cuerpos sin cabeza, como los que las han escrito.

A la altura de mi cabecera hay dos corazones inflamados con una saeta que los atraviesa, y escrito sobre ellos: *amor para toda la vida*. El infeliz que los dibujó no se comprometía por mucho tiempo.

Al lado se ve una especie de sombrero de tres picos con una cara groseramente delineada por debajo, y las palabras *¡viva el emperador!* — 1824.

Siguen otros corazones inflamados con esta inscripción, característica en una cárcel: *yo amo y adoro a Mateo Dauvin*: Jacobo.

En la pared de enfrente se lee el nombre *Papavoine*. La *P* mayúscula está bordada de arabescos y rasgueada con mucho primor.

Se halla después una estrofa de una canción obscena.

Sigue el gorro de la libertad profundamente esculpido en la piedra, y estas palabras: — *Bories* — ¡*La república!* — Este era uno de los cuatro sargentos de la Rochela. ¡Pobre joven! ¡Qué terribles exigencias políticas! Por una idea, por un sueño, por una abstracción, ¡la espantosa realidad que llaman guillotina! — ¡Y yo me quejo! ¡Yo, desdichado de mí, que he cometido un verdadero crimen, yo que he derramado la sangre de mi semejante!

¡Pero finalizó mi escrutinio! — Acabo de ver en el rincón del cuarto dibujada con yeso una imagen espantosa: la imagen de aquel patíbulo que tal vez a estas horas están levantando para mí. — La lámpara casi se me desprendió de las manos.

XII

Volví a sentarme precipitadamente en la paja apoyando la cabeza sobre las rodillas, hasta que se fue disipando el pueril miedo que me había sobrecogido; entonces cedí de nuevo a la extraña curiosidad de continuar la leyenda de las paredes.

Al lado del nombre de Papavoine arranqué una enorme telaraña cargada de polvo y extendida por el ángulo de las dos paredes, y hallé debajo de ella cuatro o cinco nombres del todo inteligibles, entre otros de que solo quedaban algunas líneas confusas. Dautun, 1815.—Poulain, 1818.—Juan Martín, 1821.—Castaing, 1823.—¡Qué lúgubres recuerdos despertaron estos nombres en mi mente! Dautun, el que descuartizó a su hermano, y andaba en París por la noche echando la cabeza en una fuente, y los cuartos por las cañerías: Poulain, el asesino de su esposa: Juan Martín, el que mató a su padre de un pistoletazo en el instante en que abría el anciano la ventana: Castaing, aquel médico que envenenó a su amigo, y que asistiéndole en la última enfermedad que él mismo le había causado, en vez de remedios le administraba nueva ponzoña; y después de todos Papavoine, ¡el lunático atroz que mataba los niños acuchillándoles la cabeza!

¡He aquí, exclamaba yo, al paso que un escalofrío como el de la terciana circulaba por mis venas,—he aquí los moradores que han habitado antes que yo en esta mazmorra! ¡Aquí, sobre la misma losa en que yo estoy, han pensado sus últimos pensamientos estos hombres de muerte y de sangre! ¡Aquí, por estos muros, y en este cuadro estrecho han dado sus últimos pasos, y por aquí se han revolcado como fieras indómitas! ¡A cortos intervalos se han sucedido por cierto: quizá este calabozo jamás se desocupa! El sitio

le han dejado caliente todavía, y a mí es a quien se lo han dejado. ¡Yo iré a mi vez a juntarme con ellos en el cementerio de Clamart, adonde crece tan bien la yerba!

Yo no soy visionario ni supersticioso; es probable que estas ideas me originasen un acceso de calentura, porque mientras me hallaba reflexionando en ellas me pareció que a deshora relumbraban los nombres fatales que acababa de leer, escritos con fuego sobre las negras paredes del calabozo; un retintín cada vez más precipitado me resonó en el oído; una luz encarnadiza llenó mis ojos; y creí ver el calabozo ocupado por hombres extraños que llevaban las cabezas en la mano izquierda y agarradas por la boca por carecer de cabellos. Todos a una me amenazaban con el puño cerrado de la otra mano, excepto el parricida. Cerré los ojos horrorizado; pero los veía entonces aun más distintamente. Fuese este sueño visión o realidad, yo hubiera perdido el juicio, si una impresión súbita no me hubiese despertado a tiempo. Estaba ya desfallecido y para caer al suelo, cuando sentí arrastrarse por mi desnuda pierna un vientre frío, suspendido de muchos pies vellosos: los de la araña que acababa de desalojar, y que se iba huyendo.

Esto me volvió en mí.—¡Oh qué espectros tan horrorosos!—pero no; sería solo un humo, una fantasma, hija de mi cerebro vacío y convulsivo, una quimera semejante a las de Macbeth. Los muertos todos están muertos, y aquellos con particularidad.—Son muy fuertes los candados del sepulcro; y no es prisión la huesa de que puede nadie escaparse.—¿Cómo, pues, he podido acobardarme tanto?

La puerta de la tumba no se abre por la parte interior.

XIII

He presenciado en estos últimos días una escena lastimosa.

Antes de salir el sol, ya se oía por toda la cárcel un ruido extraordinario. Se abrían y cerraban repetidamente sus pesadas puertas; rechinaban los cerrojos y férreos candados en todas direcciones; repiqueteaban chocándose entre sí los manojos de llaves, desde las cinturas de los carceleros; temblaban de alto a bajo las escaleras a impulsos de precipitados pasos; y se llamaban y se respondían roncadas voces a los extremos de los corredores. Mis vecinos de calabozo, los presos penitenciados, parecían más alegres que de costumbre; todo Bicêtre, en fin, estaba cantando, riendo, corriendo y dando voces.

Yo, solo mudo en medio de tanta algazara, solo ente inmóvil en medio de tal tumulto, escuchaba admirado y atento, hasta que pasó un carcelero, a quien me aventuré a preguntar si era día de fiesta en la cárcel. — ¡Fiesta si se quiere! — me respondió — porque es hoy cuando se hierran los forzados que salen mañana para Tolón. Si gusta vd. de verlo se divertirá bastante.

En efecto, para un recluso solitario no dejaba de ser buena fortuna la de poder ver un espectáculo cualquiera, por odioso que fuese; y así acepté el convite.

El carcelero, después de tomar las precauciones de estilo para asegurarse de mi persona, me llevó a una especie de celdilla absolutamente vacía con una reja de hierro a la altura regular, por la que se veía el cielo real y verdaderamente:

— Vaya — me dijo — desde aquí podrá vd. ver y oír cuanto pase, y estará vd. solo en su palco lo mismo que el rey. — Con estas palabras me dejó en el nicho, echándole luego llaves, candados y cerrojos. Caía mi ventana a un patio cuadrado bastante grande, en derredor del cual se elevan por los cuatro lados otros tantos muros de piedra de seis pisos cada uno. No puede imaginarse punto de vista más degradado, triste y desnudo que el de esta cuádruple fachada, llena toda de rejas de hierro, a las que estaban apiñados centenares de rostros pálidos y ojerosos, y puestos en pila unos sobre otros, o por decirlo así, engastados en las barras de hierro de las ventanas. Estos eran los de los presos, espectadores de la ceremonia, mientras les llegaba el turno de ser actores de ella. Podían compararse a otras tantas almas en pena, subidas sobre los fogones del purgatorio que caen a los infiernos.

Todos esperaban silenciosamente, mirando con atención hacia el patio, todavía vacío; pero de cuando en cuando, entre aquellas caras apagadas y melancólicas, se veían centellear como puntos de fuego, algunos ojos penetrantes y vivos.

El cuadrado de prisiones en que está el patio circunscripto, no es exactamente completo. Uno de los cuatro lados del edificio, (el que mira al oriente) está cortado por el medio, y le unen al inmediato fuertes rejas de hierro, que dan a otro patio más pequeño, también rodeado de paredes, rejas y ornatos negruzcos. Alrededor del patio principal hay ciertos poyetes o bancos de piedra con las paredes por respaldo; y en medio, una barra de hierro doblada como los báculos, de la que se cuelga el farol.

Al dar las doce se abrió de repente cierta puerta cochera bastante grande oculta por un receso de la pared, y salió pesadamente y con ruido de hierros un carro acompañado de varios como soldados, sucios y de mal aspecto, con uniformes azules, ginetas encarnadas, y bandoleras pajizas; estos eran los guardias que llaman de la chusma, con las cadenas para los forzados.

En el mismo instante, como si el ruido del carro hubiese despertado todo el estrépito de la cárcel, los espectadores hasta entonces inmóviles y callados de las ventanas, levantaron una alta y alegre vocería y prorrumpieron en amenazas e imprecaciones mezcladas de cantares y de risotadas, que hubieran acongojado a cualquiera. Parecía que se asomaban por las rejas las máscaras de los condenados: en cada rostro apareció un gesto; todos los puños salieron cerrados de las barras de hierro; las voces todas aullaron, y llamea-

ban centelleantes todos los ojos. Causaba espanto ver encenderse tantas chispas en aquellas cenizas.

Los cabos de las galeras, entre quienes se distinguían por sus vestidos limpios y su miedo, algunos curiosos de París, se pusieron tranquilamente a cumplir con su obligación. Uno de ellos se subió al carro para dar a sus camaradas las cadenas, collares de camino, y líos de pantalones de lienzo que en él había; y repartiéndose luego el trabajo, se fueron algunos a un rincón del patio a extender las enormes cadenas (que llamaban *algodones* en su dialecto), desliaron otros en las losas sus *tafetanes*, esto es, las camisas y pantalones, mientras examinaban los más expertos a la vista del capitán, vejuzuelo chiquitín y fornido, los collares de hierro que probaron después uno a uno, haciéndolos chispear en las piedras. A cada movimiento resonaban las aclamaciones burlescas de los presos, las cuales se perdían a veces en las ruidosas carcajadas de los forzados, para quienes se preparaban los hierros, y que se veían en las ventanas de la cárcel antigua que cae al patio pequeño.

Acabados ya los preparativos, un caballero cubierto de bordaduras de plata, a quien llamaban *Señor inspector*, dio sus órdenes al *director* de la cárcel, y he aquí que dos o tres puertas empezaron a vomitar en el patio casi simultáneamente y como a borbotones, nublados de hombres repugnantes, aulladores y andrajosos. Estos eran los forzados.

A su entrada se redoblaron los gritos de alegría de las ventanas, saludando en general a todos los galeotes, y distinguiendo a los grandes hombres del presidio por medio de aclamaciones y aplausos especiales, que recibían ellos con una especie de modestia altiva. Muchos venían adornados con gorras hechas por ellos mismos de la paja del calabozo, y formadas grotescamente, a fin de que en las ciudades por donde pasaran pudiese el sombrero llamar la atención a la cabeza que le llevaba. Los que así venían, gozaban dobles aplausos; y uno particularmente fue acogido con tumultuoso y singular entusiasmo. Era este un mozo como de diecisiete años, con tan bellas facciones, que las hubiera envidiado una niña de la misma edad. Acababa en aquel momento de salir del calabozo, donde había estado ocho días sin comunicación; y de la paja de la cama se había hecho un vestido que le cubría desde los pies hasta la cabeza. No contento con esta distinción, entró en el patio dando vueltas de campana con la agilidad de una serpiente. Había sido volatín, e iba condenado por robo. Parecía que se hundía Bicêtre, según

el ruido de las palmadas y de las congratulaciones. Los galeotes respondían con igual bulla; y angustiaba el corazón aquel cambio de alegrías entre los presidiarios en propiedad y los aspirantes al presidio. En vano estaba allí la sociedad representada por los carceleros y amedrentados curiosos; el crimen se burlaba de ella cara a cara, y convertía aquel castigo horrible en festividad doméstica.

A medida que los forzados iban llegando, se les conducía por entre dos líneas de soldados al patio de las rejas, a donde les esperaba la visita de los médicos. Allí hacían todos el último esfuerzo para evitar el viaje, alegando alguna enfermedad: los ojos malos, una pierna coja, o mano mutilada; pero casi siempre se les encontraba hábiles para las galeras, y cada cual se resignaba como podía, los más con indiferencia, y olvidando en pocos minutos su pretendida enfermedad crónica.

Acabada la visita se abrió de nuevo la reja del patio chico, y un cabo pasó lista por orden alfabético. Salieron individualmente y fueron a alinearse los forzados a un rincón del otro patio, uno a uno y junto al compañero que la casualidad de su letra inicial le había deparado. Así cada hombre se ve allí reducido a sí mismo, cada hombre lleva por sí su cadena, pero al lado de un desconocido; y si por acaso tuviese el presidiario un amigo, la cadena se lo separaría. ¡Última de las miserias!

Cuando habría ya como treinta galeotes, se volvió a cerrar la reja, y los alineó un cabo con el bastón, echando delante de ellos camisas, chaquetas y pantalones de lienzo crudo; y haciendo después una señal empezaron todos a desnudarse. Un incidente inesperado vino entonces, como al propósito, a cambiar esta humillación en tormento.

Había estado el tiempo bastante bueno toda la mañana, y si el viento resfriaba el aire, también rasgaba de cuando en cuando las nebulosidades blancuecinas del cielo, dejando paso a los apetecidos rayos del sol. Pero apenas se habían quitado los presidiarios sus andrajos, y en el instante mismo en que se ofrecían en pie y desnudos a la visita sospechosa de los guardas y a la curiosidad de los extraños que andaban alrededor de ellos para verles las espaldas¹, se oscureció el cielo repentinamente, empezó a caer un aguacero de otoño, descargándose a torrentes en el patio, sobre la cabeza descubierta de aquellos infelices, sobre sus miembros desnudos, y sobre los míseros vestidos que yacían arrojados por el suelo.

En un abrir y cerrar de ojos quedó el patio despejado de todo el mundo, excepto de los presidiarios y de sus guardias; los curiosos de París fueron a refugiarse a las concavidades de los portales.

Apretaba entretanto la lluvia, y ya no se veían en el patio más que los presidiarios desnudos y heridos por el agua sobre el anegado suelo. Un triste silencio había sucedido a sus ruidosas bravatas. Estaban todos arrecidos y dando diente con diente; las piernas como extenuadas, y temblándoles las rodillas. Era un dolor verlos cubrir los amoratados miembros con aquellas camisas empapadas, con aquellas chaquetas y pantalones goteando. ¡Cuán preferible no hubiera sido la desnudez!

Solo un presidiario, ya viejo, conservó alguna alegría en medio de tanto martirio, y dijo haciendo gestos al enjugarse el cuerpo con su mojada camisa: «*Esto sí que no estaba en el programa*».— Y se echó a reír después, amenazando al cielo con el puño cerrado.

Ya vestidos todos de viaje, se les condujo en bandas de veinte o treinta al otro lado del patio, a donde le esperaban los cordones tendidos por el suelo. Se entiende por cordones largas y fuertes cadenas, añudadas transversalmente de dos en dos pies con otras cadenas más cortas, a la extremidad de las cuales se halla suspendida una argolla o collar de hierro, que se abre por un lado con un gozne, y se cierra por el otro con un pasador, remachándole después que está el collar en el cuello del galeote, quien lo lleva así por todo el camino. Cuando se ven estos cordones extendidos se asemejan bastante a la espina dorsal de un pescado.

Mandaron luego sentar los presidiarios en el fango de las inundadas losas para probarles los collares, y dos herreros de la casa, proveídos de yunques portátiles, se los remacharon a hierro frío y a grandes martillazos... ¡Momento horroroso, que hace perder el color aun a los más osados! Cada golpe que cae sobre el yunque que tienen apoyado a las espaldas, les estremece fuertemente la barba y las mejillas; y al menor movimiento que hiciesen hacia atrás con la cabeza, el macho de hierro les partiría el cráneo como la cáscara de una nuez.

Después de esta operación quedaron todos los semblantes sombríos, todas las lenguas silenciosas. Ya no se oía más que el resonar de las cadenas, y de cuando en cuando un grito, o el ruido sordo de los bastonazos de los soldados sobre los miembros de los presidiarios obstinados e inobedientes.

Hubo algunos que lloraron con el mayor desconsuelo; temblaban los más viejos y se mordían los labios; y no podían verse sin terror todos aquellos perfiles siniestros saliendo de los formidables collares de hierro.

Así después de la visita de los médicos vino la de los carceleros, y después de esta el remache de los hierros. Drama de tres lastimosos actos.

En esto iluminó el patio un rayo del sol, y todos los forzados se levantaron a la vez como a impulsos de un movimiento convulsivo, o como si su luz hubiese pegado fuego a todos los cerebros. Los cinco cordones se dieron las manos y formaron rápidamente un círculo inmenso alrededor del pilar de hierro donde el farol se cuelga, volviéndose y revolviéndose de modo que mareaba el verlos. Este que digamos baile, iba a veces acompañado de una canción del presidio, otras de un romance en su jerga, lleno de lamentosas cadencias, o bien de alegres y furiosas entonaciones; oíanse a intervalos gritos desentonados, y rasgadas y palpitantes carcajadas que se mezclaban a las misteriosas palabras de los cantares, o las aclamaciones furibundas con que los aplaudían, en tanto que el sonido a compás de las cadenas servía de orquesta a aquellas voces más roncas que su propio rechinar. El que deseara una imagen de las fiestas nocturnas de los íncubos y brujas, no pudiera hallarla ni peor ni mejor que esta.

Entró después en el patio una grande caldera, a cuya vista rompieron los soldados a palos la danza de los galeotes, y los llevaron alrededor de ella para comer de ciertos yerbajos que andaban nadando por dentro en un líquido sucio y humeante.

Concluido el banquete echaron por el suelo las sobras de la sopa y del pan de munición, y continuaron su baile y música. Parece que se les deja gozar de este desahogo el día que los hierran y la noche siguiente.

Observaba yo aquel espectáculo extraordinario con tan ansiosa curiosidad, tan atento y absorto, que no me acordaba de mí mismo. Una profunda piedad había penetrado mis entrañas, haciéndome derramar lágrimas la risa de aquellos desdichados, cuando vi al través de la penosa distracción a que me había entregado, pararse de repente, y quedarse silenciosa la gritadora turba, y volverse todos los ojos a la ventana que yo ocupaba. — ¡El reo de muerte! ¡El reo de muerte! gritaron cien lenguas al mismo tiempo, señalándome todos con el dedo, redoblando su algazara y las explosiones de su contento.

Yo quedé inmóvil y como petrificado, ignorando de dónde me conocían y cómo habían podido reconocerme.

¡Buenos días! ¡Buenas tardes! — Me decían con amarga y atroz mofa; y uno de los más jóvenes, de rostro luciente y aplomado, condenado a galeras perpetuas, dijo mirándome con envidia. — ¡Dichoso él, que irá pronto a la *ene*! ¡A Dios, camarada!

Imposible me sería pintar lo que pasaba en mi interior. — ¿Por qué no había yo de considerarme en efecto como su camarada? La plaza de Grève es hermana de Tolón², y en caso de duda aun más bajo estaba yo que ellos. ¡Demasiado me honraban llamándome su camarada! Entretanto temblaba todo mi cuerpo de escalofríos.

¡Su camarada! ¡En algunos días más yo les hubiera servido a ellos de espectáculo!

Seguía yo yerto, inmóvil, y como fuera de mí en la ventana. Pero cuando vi los cinco cordones formados adelantándose hacia mí con palabras de una cordialidad infernal; cuando oí el estruendo tumultuoso de sus cadenas, pasos y clamores, debajo ya de la reja, pensé que una legión de furias del abismo escalaba mi nicho miserable; lancé un grito de horror y me arrojé desparovido contra la puerta con violencia bastante para romperla; pero estaban echados los cerrojos por fuera. En vano golpeaba y llamaba al alcaide con voz frenética; no había medio de escaparse. Creí luego oír más cercanas las voces de los forzados; me pareció que ya se veían sus horribles cabezas al borde de la ventana; di otro grito en mi agonía, y caí por tierra desmayado.

¹. Suele en Francia marcarse la espalda de los presidiarios con las letras T. F., iniciales de las palabras *Trabajos Forzados*. (*Nota del traductor.*)

². En la plaza de Grève se ejecutan las sentencias de muerte, y en Tolón está el presidio de los galeotes. (*Nota del traductor.*)

XIV

Cuando volví en mí era ya de noche, y me encontré acostado en una carriola. Había otras muchas alineadas a los dos lados de la mía, que pude percibir a la luz de un farolillo colocado en la plataforma. Esto me hizo suponer que me habían conducido a la enfermería.

Continué despierto por algunos instantes, pero sin pensamiento y sin recuerdos, entregado completamente a la dicha de verme en una cama. En otros tiempos al mirar el lecho del hospital de una cárcel, hubiera por cierto retrocedido lleno de asco y de compasión; pero ya no era yo el mismo hombre. Las sábanas estaban casi negras; el cobertor agujereado y carcomido por todas partes; y la paja saliéndose a través del colchón: mas ¿qué importaba todo eso? Al fin podían mis miembros extenderse a sus anchuras entre aquellos lienzos groseros, y se disipaba también poco a poco bajo aquel delgado cobertor el penoso frío de los tuétanos que se adquiere en las prisiones. —Tanta comodidad no tardó en reconciliarme el sueño.

Apenas amanecía, me desperté al bullicio estrepitoso que sonaba por la parte exterior del edificio; y como estuviese mi cama al lado de la ventana, me repuse un poco para ver lo que era.

Se descubría desde ella el patio grande de Bicêtre, lleno de gentes, por entre las cuales con infinito trabajo abrían dos líneas de soldados un estrecho camino que le atravesaba. Marchaban los soldados lentamente hacia la puerta, a los lados de cinco carros largos cargados de hombres, y traqueteando rudamente por cuantas piedrezuelas encontraban. Esta era la partida de los forzados.

Iban los carros descubiertos, y cada cordón en uno de ellos. Habían sentido a los galeotes en los bordes lateralmente, y dándose las espaldas, separados empero por la cadena común, que se extendía a lo largo del carro, y cuyo último eslabón llevaba un miguelete armado. Se oían con el movimiento crujir los hierros, y a cada vaivén del carruaje se sacudían también las cabezas de aquellos desgraciados, y balanceaban de un lado para otro las piernas, que llevaban colgando.

Una lluvia fina y penetrante helaba el aire, y les pegaba a las rodillas los pantalones de lienzo de grises, ya vueltos negros. Goteábanles hilo a hilo las crecidas barbas y cabellos; llevaban las caras amoratadas, y temblaban, y daban diente con diente de frío y de indignación. ¿Pero de qué les servía su ira, privados ya de todo libre movimiento? Después de estar remachado a la cadena, no puede el hombre contarse más que como una fracción de aquel todo execrable que llaman *cordón*, y que se mueve como un solo individuo. Debe allí abdicar la inteligencia condenada a muerte por el collar de las galeras, y ni aun al animal mismo le es permitido tener en adelante necesidades ni apetitos, a otras horas que las que el reglamento ha fijado de antemano. Así inmóviles, la mayor parte medio desnudos, con la cabeza descubierta y los pies colgando, empiezan su viaje de veinticinco días, cargados en las mismas carretas, vestidos con los mismos trajes, en el sol vertical de julio, o en las lluvias frías de noviembre. ¡No parece sino que los hombres quieren poner al cielo aparte, cuando emprenden el oficio de verdugos!

Yo no sé cómo se habría comenzado una especie de odioso diálogo entre los presidarios y el gentío; pero se oían injurias de una parte, bravatas de la otra, e imprecaciones de ambas, cuando a una señal del capitán empezaron a llover bastonazos en las carretas, indistintamente y al acaso, sobre cabezas y espaldas, hasta que todo entró en aquella especie de calma externa que se llama orden; pero centelleaban venganza los ojos de los miserables, y encrespaban los puños cerrados sobre las rodillas.

Las cinco carretas, escoltadas de gendarmas de caballería, y de migueletes a pie, salieron sucesivamente por el alto portal de Bicêtre, seguidas de otra en que tambaleaban mezcladas, ollas, vasijas de cobre y cadenas de retén para el camino. Algunos escopeteros que se habían detenido en la cantina salieron después corriendo para juntarse a la escolta. Entonces se fue aclarando el gentío, desvaneciéndose todo aquel espectáculo como una fantasmagoría. También se disipó poco a poco el ruido que las ruedas y herra-

duras de los caballos hacían por el camino empedrado de Fontainebleau, y el chasquido de los látigos, y el retintín de las cadenas, y los alaridos del populacho que deseaba mal viaje a los galeotes.

¡Y todo esto no es para ellos más que el principio!

—¿Qué era pues lo que me deseaba mi abogado? ¿Las galeras? —¡Ah, sí! ¡Mil veces antes la muerte! —¡Antes el patíbulo que el presidio! ¡Antes el exterminio que el infierno! ¡Antes entregar la cabeza a la cuchilla de Guillotin, que al collar de la chusma! —¡Las galeras, justo cielo!

XV

Como desgraciadamente yo no estaba malo, fue menester salir de la enfermería a la otra mañana, y volvió el calabozo a apoderarse de mí.

¿Y no estaba yo malo? —En efecto, yo soy joven, fuerte y saludable. La sangre corre libremente por mis venas; obedecen todos mis miembros los menores caprichos del deseo; tengo robustez de cuerpo y de ánimo, y me hallo constituido para una larga vida. Sí, todo esto es cierto, y no obstante me consume una enfermedad, y enfermedad mortífera, y causada por la mano de los hombres.

Desde que salí de la enfermería me está atormentando una idea cruel y capaz de volverme loco; y es que hubiera quizá podido escaparme si me lo hubiesen dejado hacer. Los médicos, las hermanas de caridad, todos parecía que se interesaban por mí. —¡Morir tan joven y de tal muerte! —Mucha compasión debían haberme tenido, según lo atentos que estaban siempre alrededor de mi cabecera. ¿Pero quién sabe? —Sería solo curiosidad.—Ellos curarán bien una calentura, pero no una sentencia de muerte. Y sin embargo ¡les hubiera sido tan fácil! ¡Una puerta abierta!... ¿Qué habrían perdido con eso?

¡Pero ya no hay remedio! Se desechará seguramente mi apelación porque todo está en regla; los testigos han declarado bien, los abogados han llenado su deber, y los jueces sentenciado con arreglo a las leyes. No hay esperanza ninguna a no ser que... ¡Pero qué necedad! ¡No hay remedio! —La apelación es una cuerda que tiene al hombre suspendido sobre el abismo, y que

está incesantemente crujiendo hasta que se rompe. Es lo mismo que si el acero de la guillotina tardara en caer seis semanas.

¿Y si me perdonara el rey? ¿Perdonarme? —¿Por la intercesión de quién? ¿Por qué? ¿Cómo? —Es imposible que me perdonen; lo impide el ejemplo, como ellos dicen.

No me quedan más que tres pasos que dar: Bicêtre, la Conserjería y la plaza de Grève.

XVI

De las pocas horas que estuve en la enfermería, pasé una sentado al sol cerca de la ventana, o recibiendo de él al menos, cuanto me dejaban las espesas barras de la reja.

Allí estaba yo con la frente reclinada en las palmas de las manos, los codos sobre las rodillas, y los pies en los palos del sillón; que hace el abatimiento que yo me doblegue y encorve de todos lados, como si no me quedaran huesos en los miembros, ni músculos en la cara.

El olor ahogado de la prisión me incomodaba más que de ordinario, me sonaban todavía en el oído las cadenas de los galeotes, y me sentía cansadísimo de Bicêtre. Entonces volví mi corazón al Padre de las misericordias, pidiéndole que se apiadase de mí, y me enviara a lo menos una avecilla que me diese consuelo cantando enfrente sobre el borde del tejado. No sé si llegó mi súplica hasta los cielos, o si algún espíritu enemigo interceptó su ascenso; pero en el mismo punto resonó una voz cerca de la ventana y no la de un pajarillo, sino las entonaciones suaves, frescas y puras de una joven de quince años. Levanté la cabeza como sobresaltado, y me puse a escuchar ansiosamente las coplas que cantaba. Era lánguida y lenta la música; una especie de arrullo triste y melancólico; he aquí la letra.

En la calle de la Malla
Con la ronda tropecé;
Tuluré.
Por el troncho me trincaron:
Tuluré, tultureque,

¡Al calabozo con él!

Tulurú, tultureque, tulturé.

No puedo expresar la amargura que me causaron estas palabras, después de haberme consentido en oír otro género de poesía. La voz continuó así:

¡Al calabozo con él!

Tulturé.

Pusiéronme las sortijas;

El soplón llegó después.

Tulturé.

Un jaque de muchas manos

Tulturé, tultureque,

Por el camino encontré.

Tulurú, tultureque, tulturé.

Por el camino encontré,

Tulturé.

Corre, ve y di a mi costilla,

Que aquí voy como me ves;

Tulturé.

Y ella encendida de rabia,

Tulturé, tultureque.

«¡Dime! ¿Qué has hecho, Manuel?»

Tulurú, tultureque, tulturé.

«¡Dime! ¿Qué has hecho, Manuel?»

Tulturé.

—Le quité el resuello a un hombre,

Y le eché el guante al parné.

Tulturé.

Al parné y a los relojes,

Tulturé, tultureque,

Y a las hebillas también.

Tulurú, tultureque, tulturé.

Y a las hebillas también.

Tulturé.

Se najó Paca al palacio,

A besarle al rey los pies;
Tuluré.
Y un memorial a meterle,
Tuluré, tultureque,
Pidiendo me haga merced.
Tulurú, tultureque, tuluré.

Pidiendo me haga merced,
Tuluré.
Si yo salgo de esta cárcel,
Paca mía, has de tener,
Tuluré,
Toca de felpa con blondas,
Tuluré, tultureque,
Flecos anchos de Cairel.
Tulurú, tultureque, tuluré.

Flecos anchos de Cairel,
Tuluré.
Mas dice el rey enojado
Por mi corona he de ver,
Tuluré,
¡Bailar sin suelo a ese tuno,
Tuluré, tultureque,
El fandango y minué!
Tulurú, tultureque, tuluré.

No oí más, ni hubiera podido seguir escuchando. El sentido confuso de aquella queja; la lucha del salteador con el pasajero; el rufián que encuentra y envía a su mujer con el espantoso mensaje: he asesinado a un hombre y me hallo preso; aquella mujer que corre con el memorial a palacio; la *majestad* que se indigna y quiere hacer bailar al criminal un fandango sin suelo para ello; y todo esto acompañado de dulcísima música, y cantado por la voz más delicada que ha hechizado jamás el oído humano.... Yo quedé estupefacto y como fuera de mí. ¡Cuán odiosas son estas palabras feroces en labios frescos y carmíneos! Parecen las huellas de la babosa sobre las hojas del capullo.

Ni podría expresar los sentimientos que me causó esta circunstancia; me era la canción a la vez dulce y aborrecible. ¡Unir así la jerigonza del presidio, aquella lengua sangrienta y grotesca, aquella execrable algarabía, a los tiernos acentos de una niña, transición amable de la voz infantil a la de mujer! ¡Aquellas palabras diformes y mal hechas, cantadas con tan singular delicadeza y en acentos tan suaves y armoniosos!

¡Cuán infame es una cárcel! Todo se desgracia y envilece en ella; hay un veneno que todo allí lo marchita y contamina, hasta la voz de una niña de quince años. Si entra un pájaro por la ventana, seguramente trae lodo sobre las alas; si crece una linda flor por alguna parte de la cárcel, hiede seguramente.

XVII

¡Ay si pudiera escaparme, cómo correría por esos campos!

Pero no se debe correr porque el hacerlo llama la atención y despierta las sospechas. Al contrario, ir despacito, con la cabeza levantada y cantando. Tratar de hacerse con algún camisón azul con vivos encarnados, de esos que gastan los arrieros de las cercanías, y que disfrazan muy bien.

No lejos de Areneil conozco yo un bosque junto a una laguna, adonde iba de colegial todos los jueves a pescar ranas con mis camaradas. Allí podría esconderme hasta la noche.

Cuando estuviese ya bien oscuro, seguiría mi camino hacia Vicennes, aunque no podría hacerlo a causa del río que atraviesa por allí. Iría pues a Arpajon. — Mejor hubiera sido echar por el lado de S. German, llegar al Havre, y embarcarme para Inglaterra. — No importa. Supongamos que llego a Longjumeau, y que pasa un gendarme y me pide el pasaporte... ¡perdido soy!

¡Ah triste visionario! Quebranta antes el espeso muro de tres pies que te aprisiona. ¡La muerte! ¡La muerte sola te aguarda!

¡Cuando me acuerdo de que venía yo de muchacho aquí a Bicêtre a ver la cisterna y los locos!

XVIII

Mientras estaba escribiendo lo que antecede empezó a desmayar la luz de la lamparilla, vino el día, y dieron las seis en el reloj de la iglesia.

¿Qué significará esto? El carcelero de guardia acaba de entrar en mi calabozo, se ha quitado la gorra, me ha saludado cortésmente, y dulcificando su ruda voz cuanto pudo, me ha suplicado disimule la molestia, preguntándome al mismo tiempo qué era lo que gustaba almorzar.... ¡Me ha dado tal escalofrío!... — ¿Si será hoy el día destinado?...

XIX

¡Hoy sin duda!

Hasta el mismo alcaide acaba de visitarme en persona, preguntándome en qué podría serme útil o agradable. Me ha dicho que deseaba vivamente que no tuviese queja alguna de él ni de sus subordinados. Se ha informado con interés del estado de mi salud, y de cómo había pasado la noche; y al despedirse me ha llamado *caballero*.

¡Sin duda es hoy mismo!

XX

Y no cree este carcelero que tenga yo queja alguna ni de él ni de sus súbditos.—En efecto, ¿de qué puedo quejarme? Ellos han cumplido con su obligación, me han guardado bien, y han estado muy atentos a mi llegada y a mi partida. ¿Por qué no he de hallarme satisfecho de su conducta?

Este buen alcaide, con su sonrisa benigna, con sus palabras acariciadoras, con aquel ojo que lisonjea y espía, y aquellas formidables manos, es la encarnación misma de la cárcel; Bicêtre hecho hombre. Todo es prisión y cárcel alrededor mío; en todas las formas encuentro la cautividad, tanto en la humana como en las de las rejas y los cerrojos. Esta pared es la prisión de piedra; esta puerta la de madera; estos carceleros la prisión de carne y hueso. Es la cárcel una especie de ente horrible, completo; indivisible, mitad casa y mitad hombre, que ha hecho presa de mí, y me cubre y añuda con todos sus pliegues; me encierra en sus paredes de granito, me guarda bajo sus candados, y me observa con sus ojos de alcaide.

¡Ah infeliz! ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué van a hacer conmigo?

XXI

Ya me encuentro tranquilo. Todo está acabado, y bien acabado. Ya salí de la horrible ansiedad en que la visita del alcaide me había sumergido. Confieso que todavía conservaba alguna esperanza... pero ya, gracias a Dios, nada absolutamente espero.

He aquí lo que ha pasado.

Al dar las seis y media —Me equivoco; las siete menos cuarto. —Se abrió de nuevo la puerta de mi calabozo, y entró en él un anciano con la cabeza blanca y una levita oscura, por debajo de la cual pude percibir la sotana y banda sacerdotales.

Como no era este eclesiástico el capellán de la casa, me pareció su visita de malísimo agüero.

Sentóse al entrar en frente de mí, y con una sonrisa benigna, y levantando las manos y los ojos al cielo, es decir, a la bóveda del calabozo, me preguntó afablemente: «¿Hijo mío, estás preparado?»

Entendí su ademán al momento, y le respondí con voz desmayada. —No señor, no estoy preparado, pero me hallo pronto.

No obstante esta respuesta, se me turbó la vista, bañó un sudor helado todos mis miembros a la vez, sentí que se me hinchaban las sienes, y se me llenaron los oídos de una especie de ruido sordo.

Mientras vacilaba yo en la silla como dormido, hablaba el buen viejo, o a lo menos así me pareció que sucedía, y hasta creo acordarme de haberle visto mover los labios y las manos, y relucirle los ojos.

La puerta se abrió otra vez, y el chirrido de los cerrojos nos arrancó, a mí de mi estupor, y a él de su discurso. Se presentó en el calabozo, acompañado del alcaide, un hombre vestido de negro, y me saludó profundamente. Traía un legajo de papeles en la mano, y encapotaba su semblante no sé qué aire macilento, parecido a la tristeza oficial de los empleados en las pompas fúnebres.

—Caballero, me dijo, con una sonrisa de urbanidad, yo soy el escribano de cámara del tribunal supremo de justicia de París, y tengo el honor de traerle a usted un mensaje de parte del señor procurador general.

Ya pasado el primer choque, había podido recobrar mi presencia de espíritu.

—¿Con que es el señor procurador general, le respondí, quien pide tan perentoriamente mi cabeza? Tengo a muchísimo honor recibir cartas de su señoría, y espero que mi muerte le causará una grande satisfacción; porque sería duro creer que la había solicitado con tanta ansia, y que sin embargo le era indiferente.

Después de estas palabras le dije con voz firme. —Lea usted, caballero.

Contenían los papeles un difuso texto, que leyó el escribano cantando al fin de cada renglón, y dudando en medio de cada palabra; todo esto para negar mi apelación.

—La sentencia se ejecutará hoy en la plaza de Grève; añadió después de concluida la lectura, pero sin levantar los ojos de su papel sellado. A las siete y media en punto saldremos para la Conserjería. ¿Tendrá usted, caballero, la bondad de acompañarme?

Ya hacía algunos instantes que yo no le oía. El alcaide estaba hablando con el sacerdote, y el escribano aun con la vista fija en el papel; yo mirando hacia la puerta, que había quedado entreabierta.... —¡Ah infeliz! ¡Cuatro granaderos la guardaban en el corredor!

El escribano repitió entonces su pregunta, mirándome cara a cara por la primera vez. —Cuando usted lo tenga por conveniente, le respondí; estoy muy a la disposición de usted.

Entonces me saludó diciendo: —Yo tendré el honor de venirle a buscar a usted dentro de media hora.

Y salieron todos y volvió a cerrarse la formidable puerta.

¡Ah, si yo tuviese un medio, un modo de escaparme, Dios de misericordia! — ¡Un medio cualquiera! — ¡Es menester escaparse! — ¡Es preciso! ¡Al momento! — Por las puertas, por las ventanas, por el maderaje del techo, aunque me deje la carne de mis huesos despedazada en las vigas.

¡Oh rabia! ¡Oh infierno y desesperación! ¡Meses no bastarían para romper con buenas herramientas este muro, y yo no tengo ni un clavo ni una hora!

XXII. EN LA CONSERJERÍA

Héme aquí *transferido*, como dice el proceso verbal; pero el viaje merece contarse.

Al dar las siete y media se presentó de nuevo el escribano en el umbral de mi calabozo. —Caballero, me dijo, le estoy a usted esperando. —¡Ay de mí! ¡No venía solo!

Me levanté, di un paso, y me pareció que no podría dar otro según el atolondramiento de mi cabeza y la debilidad de mis piernas. A pesar de eso me repuse cuanto pude, y continué la marcha con bastante firmeza. —Antes de salir del calabozo lo miré por la última vez, porque le había tomado cariño: —además de que le dejaba desocupado y abierto: lo que da una extraña apariencia a un calabozo.

Pero no se quedará vacío mucho tiempo. Esta tarde, dicen los porteros, que esperan no sé qué reo, que el tribunal estará ya condenando a estas horas.

Al volver el corredor, se unió a nosotros el capellán, que venía de desayunarse; y antes de salir de la cárcel me dio el alcaide la mano afectuosamente, reforzando al mismo tiempo mi escolta con cuatro soldados.

Al pasar por la puerta de la enfermería, me gritó un viejo que estaba allí agonizando: ¡A Dios! ¡Hasta la vista!

Por fin llegamos al patio, donde pude ya respirar, y se me desahogó un poco el pecho. Pero no gocé por mucho tiempo del aire libre. Me estaba esperando en el otro patio un carruaje tirado por caballos de posta, que reco-

nocí como el mismo que me había traído: una especie de coche oblongo, dividido en dos secciones por una reja transversal de alambre, casi tan espesa como punto de calceta: cada sección tiene una portezuela, la primera delante y la otra detrás del carricoche, cuyo conjunto está tan sucio, negro y polvoroso, que el carro de los pobres es en comparación suya una carroza de gala.

Antes de sumergirme en este sepulcro ambulante lancé una ojeada al patio; una de aquellas ojeadas de desesperación, ante las cuales parece que deberían hundirse las paredes.

El patio, especie de plazoletilla con algunos árboles, estaba aún más lleno de gente que el día en que partieron los galeotes. ¡Ya empieza el populacho!

Caía al momento de mi salida una lluvia fina y helada, como la que recibieron los presidiarios, que cae todavía a la hora en que estoy escribiendo, caerá probablemente todo el día, y durará más que yo. Los caminos estaban por consiguiente impasables, y el patio lleno de lodo y de agua. Allí me complació, a lo menos, el ver a aquella gentuza tan enfangada.

Subimos, el escribano y un gendarme en el compartimiento anterior, y el sacerdote, un gendarme y yo en el otro. Iban además cuatro gendarmes a caballo alrededor del carruaje; de modo que, sin contar el postillón, había ocho hombres para guardar uno.

Al subir en el carricoche le oí decir a una vejezuela con ojos grises que estaba cerca. — «Más me gusta a mí todavía ver esto que la cadena».

Y tenía razón. Era el mío espectáculo que se comprende más fácilmente de una mirada, y se puede ver mucho más pronto. Hay en él la misma belleza, y más comodidad que en el otro. Nada distrae la atención del espectador, porque no se ve más que un hombre, y sobre él solo tanta miseria, tanto infortunio y amargura como afligía a todos los forzados a la vez. La sola diferencia es que esta escena no está tan repartida; siendo licor concentrado de mejor paladar y carácter.

Se puso el carruaje en movimiento, haciendo resonar sordamente la bóveda de la gran puerta, y entrando a galope en la alameda. Entonces se cerraron detrás de nosotros los pesados portones de Bicêtre.

Me sentía yo llevar con aquella especie de estupor del hombre aletargado, que no puede ni gritar ni moverse, y oye que lo están enterrando. Escuchaba

maquinal y vagamente los cascabeles suspendidos al cuello de los caballos de posta, sonar en cadencia y guardando tiempo; las llantas de las ruedas rechinando por las piedras, o hiriendo la caja al cambiar de carril; el galope sonoro de los gendarmes alrededor nuestro; el crujido del látigo del postillón; y me parecía todo como un torbellino que me arrebatara.

Por entre los hierros que cruzaban un agujero abierto a un lado del coche, se fijó acaso mi vista en esta inscripción grabada con grandes letras sobre la puerta principal de Bicêtre: *Hospicio de la vejez*.

He aquí, me decía yo a mí mismo, y habrá gentes que envejezcan allí.

Y como sucede entre el sueño y la vigilia, revolvía yo en todos sentidos esta idea en mi mente amortecida de dolor. Pero súbito, al pasar el carruaje de la alameda al camino real, se cambió el punto de vista de la ventanilla. Las torres de la iglesia de Nuestra Señora vinieron a pintarse en ella, azules y medio borradas por la neblina de París. Y súbito cambiaron también las imágenes de mi ánimo, que no era yo más que una máquina como el coche. A la idea de Bicêtre sucedió la de las torres de Nuestra Señora. — Los que estén en el balcón de la bandera verán muy bien, decía yo entre mí, sonriendo estúpidamente.

Entonces creo que fue cuando el sacerdote volvió a dirigirme la palabra. Yo le dejé hablar sin interrumpirlo, pero no pude entender lo que decía, hiriendo su voz mi oído como el galope de los caballos, el látigo del postillón, u otro ruido cualquiera.

Así escuchaba yo en silencio aquella lluvia de palabras monótonas que me adormecían el pensamiento cual pudiera el murmullo de un arroyo, y que pasaban por mi mente diversas siempre, y siempre las mismas como los torcidos olmos del camino real, cuando la voz aguda y agria del escribano que iba delante, sonó a deshora y disipó mi distracción.

— Y bien, señor abad, dijo en acento casi alegre: — ¿qué hay de nuevo por ahí? — Y se volvió hacia el sacerdote al hacer la pregunta.

El capellán había seguido hablando sin cesar, y no oiría probablemente lo que decía el escribano por estorbárselo el ruido del coche; así no dio respuesta alguna, si no continuó tranquilamente su plática.

— ¡He! ¡Hola! ¡Señor abad! gritó el escribano de nuevo, levantando la voz hasta sobrepasar el ruido de las ruedas. ¡Qué coche de los demonios!

¡De los demonios! En efecto.

Luego continuó así:

—Este es el caos sin duda; aquí no se entiende la gente. —Pero ¿qué iba yo a decir? —Hágame usted el gusto, señor abad, de apuntarme lo que estaba diciendo: —¿sabe usted la grande noticia que corre hoy por París?

Yo temblé al escuchar esto, creyendo que hablaba de mí.

—No señor, le dijo el sacerdote, que al fin había podido oírlo, no he tenido lugar para leer los papeles por la mañana. Esta noche me enteraré yo de eso. Cuando paso el día ocupado como hoy, le encargo regularmente al portero que me guarde los papeles, y los leo al volver a casa.

—¿Cómo es eso? replicó sorprendido el escribano; imposible me parece que no lo sepa usted todavía. Pues ¡no es nada en gracia de Dios! La grande noticia que se susurra esta mañana por París.

Yo tomé la palabra: —A mí me parece, le dije, que la sé.

El escribano, mirándome de hito en hito exclamó: —¿Usted? Pues esto sí que es particular. —Y entonces, ¿qué le parece a usted del negocio?

—Me parece que es usted algo curioso, le contesté.

—¿Y por qué, señor mío? replicó. Cada uno tiene su opinión política. Yo le estimo a usted demasiado para suponer que carezca de la suya. Por mi parte, le aseguro a usted francamente, que soy en un todo de dictamen de que se restablezcan las milicias urbanas. Yo era sargento de mi compañía, y en verdad que me gustaba muchísimo la ocupación militar.

Yo le interrumpí. —No creía, dije, que se trataba de eso.

—¿Pues de qué pensaba usted que hablábamos? Usted dice que sabe la noticia.....

—Yo creía que era otra de que París también se ocupa hoy.

El imbécil no me entendió, y solo sirvieron mis palabras para despertar su curiosidad. —¿Otra noticia? ¿Y cómo diantres ha podido usted saberla? ¿Y cuál es, señor caballero? Háganos usted la fineza de comunicárnosla. ¿La sabe usted, señor abad? Usted estará más al corriente que yo. —Hágame usted el obsequio, le suplico, de decirme lo que hay. —¿De qué se

trata?... Porque como usted sabe, a mí me gustan las noticias para contárselas al señor presidente, que le divierten mucho.

¡Y otras mil impertinencias! —A que no respondía el sacerdote, y contestaba yo solo con un ligero movimiento de cabeza.

Pero hombre de Dios, me preguntó luego, ¿en qué va usted pensando?

—En que ya no pensaré esta noche.

—¡Ah! era eso, replicó. ¡Vamos, vamos, que está usted demasiado triste! El señor Castaing hablaba.

Y después de un momento de silencio: —También conduje yo al señor Papavoine, que llevaba puesta su gorra de hule, y se iba fumando un buen cigarro. En cuanto a los jóvenes de la Rochela, esos no hablaban sino entre ellos mismos; pero al fin hablaban.

Después de otra pausa, continuó así:

—Entusiastas y locos perdidos. Parecía que se tenían ellos por más que todo el mundo. Pero usted, joven, usted va como la tristeza misma. —¡Joven! le dije, más viejo soy yo que usted; y cada cuarto de hora que pasa me envejece de un año.

Se volvió hacia mí, me miró por algunos instantes con una admiración estúpida, y se puso luego a chancearse moleestamente.

—¡Vaya, vaya! ¡Más edad que yo! Usted lleva ganas de reírse. Yo podría ser su abuelo.

—No tengo ganas de reírme, le respondí gravemente.

A esto abrió su caja de tabaco.

—Vaya un polvo, caballero, y no se incomode usted; un polvito, y no me guarde usted rencor.

—No lo tema usted; ni se lo podría guardar por mucho tiempo aunque quisiera.

En este instante tocó la caja que me presentaba abierta al enrejado de hierro, y a impulsos de un violento vaivén del coche, cayó a los pies del gendarme, derramándose todo el tabaco que contenía.

¡Maldito sea el alambrado! gritó el escribano, y luego volviéndose hacia mí.

—¿Y qué dirá usted ahora? ¿No soy yo un hombre desgraciado? ¿Haber perdido todo mi tabaco!

—Más pierdo yo que usted, le respondí sonriendo.

Entonces trató de recoger parte de los polvos murmurando entre dientes: —¡Sí, más que yo! Todo el mundo cree que lo que él padece es lo peor. — Ya no puede uno tomar un polvo hasta estar de vuelta en París. ¡Me pasan a mí cosas terribles!

El capellán le dirigió entonces algunas palabras consolatorias, y fuese o no preocupación mía, yo creo que eran el resto de la exhortación que había empezado para mí. Poco a poco se fue entablando una conversación bastante seguida entre el clérigo y el escribano; yo les dejé hablando por su parte, y me puse a pensar por la mía.

Al llegar a las puertas, seguiría sin duda preocupado, pero me pareció que se oía en París más ruido que otras veces.

El coche se paró un momento delante del portazgo, de donde salieron los guardas para registrarlo. Si hubiese llevado dentro un carnero o un buey para la carnicería, hubieran los guardas exigido algún dinero; pero no se paga derecho por una cabeza humana, y así seguimos adelante.

Pasado el *Boulevard*, se metió el carruaje a trote largo por las tortuosas y viejas calles del barrio de San Marceau y de la antigua ciudad, que serpean y se entrecortan, como las mil veredas de un hormiguero. Hacía el coche tanto y tan rápido ruido en el empedrado de estas angostas callejuelas, que no se oía sonido exterior alguno. Al mirar por la abertura cuadrada me pareció que las gentes se paraban a mirar el coche, y que le seguían corriendo los muchachos. También creo haber observado de cuando en cuando por las esquinas, hombres o viejas trapajosas, y a veces individuos de ambos géneros con papeles impresos en las manos, que los pasajeros se disputaban, y abriendo la boca como para pregonar sus mercancías.

Daban las ocho en el reloj del palacio cuando llegamos al patio de la Conserjería. La vista de su grande escalera, ennegrecida capilla y siniestros adornos me heló la sangre en las venas. Al pararse el coche creí que se pararían también los latidos de mi corazón.

Se abrió la puerta con la rapidez del relámpago. —Recogí mis fuerzas; salté del calabozo ambulante en que iba, y me sumergí a paso largo por entre dos hileras de soldados que ocupaban la bóveda del portal.

¡Ya se había juntado la gente a verme pasar!

XXIII

Mientras andaba por las galerías públicas del palacio de justicia, me sentía casi como libre y a mi gusto; mas me abandonó toda mi resolución al ver abrirse delante de mí portezuelas bajas, escaleras secretas, salidas y entradas interiores, largos corredores ahogados, y por decirlo así, sordos, a donde no entran más que los que sentencian y los sentenciados.

El escribano me acompañaba todavía; pero el sacerdote se había separado para volver dentro de dos horas, que iba a emplear en sus negocios particulares.

Me condujeron al cuarto del director, en cuyas manos me dejó el escribano por una especie de cambio; porque el director le suplicó que esperase un momento, anunciándole que tenía *caza* que darle, para llevarla desde luego a Bicêtre, por retorno del carruaje. Esta caza será probablemente el reo de hoy, que debe pasar la noche sobre la paja, que yo no he tenido tiempo de gastar. — Muy bien está, señor director, dijo el escribano; esperaré un rato y haremos los dos procesos verbales a la vez. Me gusta la idea. Así mataremos dos pájaros de una pedrada.

En el entretanto me depositaron en un gabinetillo contiguo al del director, dejándome allí solo, pero no sin echar todos los cerrojos de sus puertas.

Ni sabía en lo que estaba pensando, ni si había pasado allí mucho tiempo, cuando una repentina y violenta carcajada de risa me arrancó de mi letargo.

Levanté los ojos temblando, y vi que no estaba ya solo en el cuarto, sino con un hombre como de 55 años de edad, de mediana talla, arrugado, que-

mado del sol, canoso, fornido de miembros, con ojos grises medio bizcos, lleno el semblante de amarga risa, sucio, andrajoso, casi en cueros, y de repugnantísimo aspecto.

Sin duda se había abierto la puerta del gabinete, lo había vomitado, y vuéltose a cerrar sin que yo lo percibiera. ¡Oh si pudiese venir la muerte del mismo modo!

Mi nuevo compañero y yo nos miramos por algunos segundos fijamente; él prolongando su risa, que parecía un relincho, y yo medio confuso, medio espantado.

—¿Quién es usted? le pregunté al fin.

—¡Pues me gusta la cuestioncilla! me respondió. Un birlesco de primera tijera.

—¡Un birlesco! ¿y qué quiere decir eso? Esta nueva pregunta redobló su jovialidad y gresca.

—Eso quiere decir, me balbució en medio de una carcajada, que el buchí enjugará al canastillo rojo con mi cabeza en seis semanas, como va a hacer con la tuya a las seis. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! Ya parece que le vas entrando al asuntillo.

En efecto, yo estaba pálido, y se me erizaban los cabellos. Este era el otro reo, el sentenciado de aquel día, el mismo que esperaban en Bicêtre; mi heredero, en una palabra.

Luego continuó así:

—¿Cómo se han de decir las cosas? ¿No me crees? —Pues escucha mi historia. Yo soy hijo de un excelente escobón de bolsas; lástima fue que se le antojase un día a Andresillo ponerle el corbatín a mi padre. Fue esto cuando todavía reinaba la horca, por la gracia de Dios. A los seis años ya no tenía yo ni padre ni madre. Pasaba los veranos dando vueltas de campana por el polvo, al borde de los caminos reales, para que me echaran un cuarto por las portezuelas de las sillas de posta. En el invierno iba a pie, desnudo y sin calcorros por el fango, soplándome los dedos para mitigar el frío, y enseñando los muslos por las roturas de los pantalones. A los nueve años empecé a servirme de mis garfios, y de cuando en cuando limpiaba una faltriquera, o le ponía los cinco a una pañosa; a los diez, ya jugaba yo de manos

como un arlequín. Luego, ya se ve, como un hombre se relaciona poco a poco, a los diecisiete ponía yo un camino como la plata de limpio; también metí la calabaza por la cerradura de un tendajo, y me perfeccioné en el manejo hasta llegar a rey de los calabaceros. Entonces me atraparon, y como tenía la edad, me enviaron a escribir por las mares. Las galeras son duras. Duerme uno sobre una tabla, no bebe más que agua, come pan negro, y va siempre arrastrando una maldita bola de hierro que para nada sirve; hay además trancazos, y rayos de sol que se meten por los sesos. También le pe-
lan a uno; y yo que tenía unos cabellos castaños.... Pero ¡no importa! Cumplí mi condena de quince años, y diecisiete que iban treinta y dos. Una ma-
ñanita me pusieron en la mano mi pasaporte, y como sesenta y seis peseti-
llas que había juntado en mis quince años de galeras, trabajando dieciséis
horas cada día, treinta días cada mes, y doce meses cada año. Pero lo mismo
da. Yo estaba resuelto a ser hombre de bien con mis doscientos sesenta y
cuatro reales, y tenía mejores deseos y mejores sentimientos debajo de mis
trapos, que suele contener la sobrepelliz de un mochilón. Pero el diablo te-
nía el tal pasaportito que me habían dado. No era blanco como los otros,
sino pajizo, y llevaba escrito encima: «*presidario cumplido*». Y ya se ve,
había que enseñarlo por todas las calles por donde pasaba, y que presentár-
selo todas las semanas a los concejales del lugarejo a donde me habían des-
tinado. ¡Vaya una recomendación! ¡Presidario cumplido! Me tenía la gente
miedo. Huían los chiquillos de mí, y me cerraba todo el mundo las puertas.
Nadie quería darme trabajo; así me comí mis sesenta y seis pesetas, y me
quedé ya sin saber cómo vivir. Enseñaba yo los buenos y robustos brazos
que tengo para trabajar, y me daban con las puertas en los ojos. Me ofrecía a
reventarme todo el día por una peseta, por media, por un real o por menos.
Pero no había remedio. ¿Qué había de hacer? Un día que me devoraba la
carpanta, le di un codazo a la vidriera de un panadero, le eché las cinco a un
bollo, y el panadero me los echó a mí: no me comí el pan, y me sentenciar-
on a galeras perpetuas, herrándome las espaldas con tres letras de fuego; —
yo te las enseñaré si quieres verlas. Esta clase de justicia se llama aquí en
Francia *la recidiva*. Ya me tienes de caballo de retorno. Por aquella vez me
enviaron a Tolón con los gorros verdes¹. Era necesario escaparse. No tenía
para hacerlo más que tres muros que romper y dos cadenas que limar; y a
un clavo se reducían todas mis herramientas. Al fin logré tomar las de Villa-
diego. Tiraron muchos cañonazos de alarma, porque somos nosotros como
los cardenales de Roma, que van vestidos de encarnado, y les hacen salva

cuando se ausentan; pero no les sirvió la pólvora más que para espantar gorrones. Entonces no tenía pasaporte pajizo, pero tampoco tenía pesetas. Luego me encontré algunos camaradas que habían también cumplido su tiempo o roto sus cordones. El capitán me propuso tomar plaza con ellos, y andar por los caminos despenando gentes. Acepté el envite, y me puse a matar para vivir. Unas veces caía una diligencia; otras una silla de posta o un calcatrife, o mercader a caballo. Se le tomaban los ochavos, se dejaba ir al acaso el animal o el carruaje, se enterraba al amo debajo de un árbol, teniendo cuidado de que no le saliesen los pies, y se danzaba después sobre la huesa para igualar la tierra, y que no pareciera que se acababa de revolver. Así me he ido envejeciendo poco a poco, anidándome en las espesuras, durmiendo a la luz de las estrellas, seguido de bosque en bosque, pero libre a lo menos, y dueño de mí mismo. Todas las cosas tienen su fin, tanto estas como las demás. Los gendarmas me pusieron una noche la mano en el collarín. Mis camaradas se largaron; yo que era el más viejo, me quedé entre las uñas de estos gatos con sombrero de galón. Aquí me trajeron. Ya había yo subido todos los escalones de la escalera menos uno. Para mí lo mismo era ya haber robado un pañuelo, que muerto un hombre. Pero aún había una *recidiva* que aplicarme, y esta era ponerme en las manos del verdugo. Mi proceso ha sido bien corto; así como así ya yo empezaba a sentirme cascadillo y casi inútil. Mi padre se casó con la viuda²; en cuanto a mí yo me retiré a la abadía de Monte-angustias³. Con que se acabó el cuento.

Me había yo quedado estupefacto al oír aquella relación, lo cual acrecentó mucho la risa de mi compañero, y aun le hizo adelantarse hacia mí para darme la mano. Yo retrocedí horrorizado.

—¿Sabes lo que estoy mirando, buen mozo? me dijo, que no tienes facha de valiente. No vayas a hacer el mandria delante de la carlina⁴; porque todo se reduce a pasar un mal rato en la placarda⁵. Pero aquello no dura un tris, que digamos. Así estuviera yo allí; yo te enseñaría a dar la voltereta. Por el sol del cielo que estoy tentado por no apelar si quieren trincharme hoy contigo. El mismo cura nos serviría a los dos. Por lo demás, tanto me importa ser tu heredero como dejar de serlo. Ya ves que soy un buen muchacho. Con que, ¿quieres, o no? ¿Entre amigos?

Diciendo esto, dio otro paso para acercarse a mí, presentándome la mano derecha.

—Mil gracias, le respondí, retirando la mía.

Nuevas y mayores risotadas.

—Con que caballero, ¿vuesarced será quizá marqués? ¡Nada menos que marqués es el tal señorito!

Yo le interrumpí: —Buen hombre, le dije, tengo necesidad de recoger mis pensamientos dentro de mí mismo. Déjeme usted en paz por Dios.

La gravedad de mis palabras le puso súbitamente pensativo; y moviendo la cana y casi calva cabeza, y rascándose con las uñas el velludo pecho que se veía por las aberturas de la camisa: —Lo entiendo, murmuró entre dientes; ya estoy en ello; el javalí...[6](#)

Y después de algunos minutos de silencio:

—Vea usted ahí lo que son las cosas, me dijo casi tímidamente. Usted es marqués; sea muy enhorabuena. Pero tiene usted puesta una hermosa levita, que para el caso no le sirve ya de cosa ninguna. El buchí le echará el guante. Démela usted a mí para venderla y gastar el dinero en tabaco.

Me quité la levita y se la di; y al recibirla rompió en expresiones de una alegría pueril, dando palmadas como loco. Viendo luego que me había yo quedado en mangas de camisa y que estaba tiritando: —Usted tiene frío, caballero, me dijo: póngase usted esto; llueve mucho, y se mojaría usted todo; además de que es preciso ir con decencia en la carretilla.

Hablando así, se quitó una grosera chaqueta de lana blanquizca, por cuyas mangas me metió los brazos; yo le dejé obrar a su gusto.

Me apoyé después sobre la pared, sin poder entender el efecto que la vista de aquel hombre me causaba. Él se divertía en el entretanto en examinar la levita que yo le acababa de dar, prorrumpiendo a cada instante en gritos y expresiones de alegría. —¡Las faltriqueras están nuevas! —¡El cuello no está grasiento!... Lo menos me dan quince pesetas por ella. ¡Qué fortuna! ¡Tabaco tengo ya para las seis semanas que me quedan de vida!

Volvió luego a abrirse la puerta del cuarto, y entraron a buscarnos a los dos; a mí para llevarme al sitio donde los reos de muerte esperan la hora de la ejecución, y a él para conducirlo a Bicêtre. Cuanto vio a los gendarmas, se puso en medio del piquete que debía acompañarlo, diciendo con risa: — ¡Cuidadito, señores míos! ¡No vayan ustedes a equivocarse con mil diablos!

El señor y yo hemos cambiado de pelo; pero él es él y yo soy yo. No me lleven ustedes en lugar suyo; que maldito lo que me gustaría a mí que me quitaran el resuello ahora que ya tengo para tabaco.

1. Presidarios por toda la vida.
2. La horca.
3. La guillotina.
4. Guillotina.
5. Plaza de las ejecuciones.
6. Sacerdote.

XXIV

Aquel malvado viejo me quitó mi levita; no se la he dado yo por cierto; y en su lugar me deja este harapo, esta chaquetilla infame. ¿Qué pareceré yo con ella?

Y no le permití que se llevara mi levita por caridad o por indiferencia. No; sino porque era más fuerte que yo, y si se la hubiera negado, me habría dado de golpes con sus formidables puños.

¡Sí, caridad! —Lleno estaba ya de malos sentimientos. Ahogarlo entre mis manos, despedazarlo con ella, era lo que yo hubiera querido.

Mi corazón está lleno de rabia y de amargura. La hiel se me ha reventado en el pecho. —La muerte vuelve perverso al hombre.

XXV

Aquí me han puesto en una celdilla donde no hay más que las cuatro paredes, con muchas barras de hierro por las ventanas y muchos cerrojos en las puertas. Esto ya se da por supuesto.

Pedí una mesa, silla y escribanía, todo lo que me trajeron al momento.

Luego dije que me diesen una cama, lo que sorprendió algo al carcelero, que me echó una mirada de estas que parece que dicen: —¿Y para qué?

Sin embargo, me pusieron un catre en un rincón; pero tomando la precaución de instalar un gendarma también en lo que ellos llaman mi cuarto. ¿Si tendrán miedo de que me suicide con el colchón?

XXVI

Son las diez.

¡Pobre hija mía! ¡Dentro de seis horas ya estaré yo muerto! Ya seré yo de aquí a seis horas una especie de inmundicia que andará arrastrando por las mesas frías de los cirujanos. La cabeza se podrirá por un lado, mientras disecan el tronco por el otro; y luego llenarán un ataúd de lo que quede para enviarlo a Clamart.

He aquí lo que van a hacer con tu padre unos hombres que no le aborrecen, que quizá le tienen lástima, y que de seguro podrían salvarlo. A matarme van. ¿Entiendes tú bien esto, María? A matarme sin rencor, a sangre fría, en ceremonia, y por el bien de la causa pública. ¡Ah gran Dios!

¡Pobrecita mía! Tu padre que te amaba tanto; tu padre que besaba tu cuello blanco y perfumado; que tanto se deleitaba en pasar la mano por tus rizados y sedosos cabellos; que te tomaba la linda y redonda cara con tanta ternura; que te ponía a jugar sobre sus rodillas, y por las noches cruzaba tus manecitas y te enseñaba a rogar a Dios por el... ¿Quién, quién hará todo esto por ti?

¿Quién te amará? Todas las niñas de tu edad tendrán padre, menos tú. ¿Cómo perderás tú la costumbre, hija mía, de que te regalen y acaricien, de que te festejen el día de tu santo, de que te den aguinaldos y juguetes, y dulces, y frutas y besos? ¿Cómo perderás tú la costumbre, huérfana infelice, de comer y de beber para conservar la vida?

¡Oh! ¡Si los jurados hubiesen visto al menos mi linda Mariquita! Sin duda hubieran creído que no debían matar el padre de una niña de tres años.

Y cuando sea grande, si llega a serlo, ¿en qué vendrá a parar? — Vivirá su padre en la memoria del pueblo de París, y se avergonzará de mí y de mi nombre. La despreciarán las gentes, huirán de ella, y se verá envilecida por causa mía, por mí, que la quiero con toda la ternura de mi corazón.

¡Oh idolatrada hija mía de mi alma! ¿Es cierto en efecto que llegarás a tener vergüenza y horror de mí?

¡Miserable! ¡Qué crimen he cometido, y qué crimen voy a hacerle cometer a la sociedad!

¿Y voy verdaderamente a morir antes que se acabe el día? ¿Soy yo mismo en verdad el que va a perecer? Ese ruido sordo de voces que se oye por la calle, ese concurso de alegre populacho que ya se junta por el camino, los gendarmas que se preparan ya en sus cuarteles, el sacerdote con sus ropas negras, aquel hombre con las manos ensangrentadas, ¿son ciertamente para mí? ¿Soy yo mismo el que va a la muerte? ¿Yo? ¿El mismo que aquí vive, se mueve y respira; el que está sentado a esta mesa, parecida en todo a otra cualquiera, y que pudiera estar en otra parte; yo mismo en fin, yo que me toco y que siento, yo cuyo vestido hace estos pliegues?

XXVII

¡Si supiera a lo menos cómo aquel acto se ejecuta, y cómo se muere allí! Pero es horrible el ignorarlo absolutamente.

El nombre de la cosa es espantoso; ni entiendo yo mismo cómo he podido escribirlo y pronunciarlo hasta ahora.

La combinación de aquellas diez letras, su aspecto y su fisonomía, son bastantes para evocar ideas de horror y de muerte. Sin duda era nombre predestinado el del médico de infortunio que produjo tal invento.¹

La imagen que yo asocio a este nombre execrable, es vaga, indeterminada, y tanto más siniestra cuanto es más confusa. Cada sílaba es para mí como una pieza de la máquina. No ceso de levantar y demoler en mi mente su monstruoso maderamen.

Ni me determino a hacer una pregunta sobre el particular. Pero es horrible no conocerlo ni saber conducirse allí. Parece que hay una tabla lisa, que le acuestan a uno boca abajo... ¡Ah! ¡Se me encanecerá la cabeza antes de que me la corten!

¹. El doctor Guillotin.

XXVIII

Sin embargo, me acuerdo de haberla entrevisto una vez.

Pasaba yo por la plaza de Grève un día a eso de las once de la mañana, cuando de repente se paró el coche en que iba, no pudiendo pasar por el gentío. Yo me asomé a la portezuela, y vi que llenaba el populacho la Grève, los muelles y avenidas, y que había por los parapetos gran número de hombres, mujeres y chiquillos. Por encima de sus cabezas se veía salir una especie de tablado de madera roja, que levantaban tres hombres.

Debía un reo sufrir la muerte aquel día, y estaban ya arreglando la máquina para ello.

Yo volví la cabeza antes de haberla visto, y oí al lado del coche una mujer diciéndole a un niño: —Mira; míralo con atención. La cuchilla no cae bien, y van a darle sebo por los lados con un cabo de vela para que resbale mejor.

Ahora estarán probablemente en el mismo periodo. Acaban de sonar las once. Sin duda le están dando sebo a la cuchilla.

Pero hoy, ¡desgraciado de mí! no volveré la cabeza a otro lado.

XXIX

¡Oh perdón! ¡perdón! —Quizá me perdonarán todavía. —Que vayan a buscar a mi abogado. —¡Pronto el abogado! Me conformo con ir a galeras. Cinco años de presidio, y que todo se arregle, —o veinte años, o por toda la vida y selladas a hierro las espaldas. —¡Pero que me perdonen la vida!

Un presidiario al fin anda, va y viene, y ve el sol y las estrellas.

XXX

Acaba de volver el sacerdote.

Tiene toda la cabeza blanca, expresión muy benigna, y bella y respetable presencia. No hay duda de que es un hombre excelente y caritativo. Esta mañana me acuerdo de haberlo visto vaciar su bolsa en las manos de los pobres encarcelados. ¿Por qué, pues, no tendrá su voz nada que llegue al alma? ¿Por qué, pues, no me habrá dicho nada todavía, que me penetre o la razón o el pecho?

Esta mañana estaba yo distraído, y apenas oí lo que decía; pero me parecieron inútiles sus palabras, y resbalaron en mi indiferencia, como esas gotas de lluvia fría resbalan por los helados vidrios.

Cuando ha vuelto, empero, cerca de mí ahora, me ha hecho mucho bien su vista. Entre todos estos hombres pensé yo, he aquí el solo que es todavía hombre para mí. Y me vi poseído de una sed ardiente de amonestaciones buenas y consoladoras.

Los dos nos sentamos, él en una silla, yo sobre la cama. —Hijo mío, me dijo, y esta palabra le abrió mi corazón; luego continuó así.

—Hijo mío, ¿crees en Dios?

—Sí, padre, le respondí.

—¿Y crees en la santa iglesia católica, apostólica romana?

—¿Por qué no, padre?

—Parece, hijo mío, como que dudas. Entonces se puso a hablarme.

Me hizo un largo discurso; dijo muchas palabras, y cuando creyó haber acabado, se levantó mirándome, entonces por la vez primera desde el principio de su oración, y preguntándome: — Vaya, ¿qué dices, hijo mío?

Protesto que le había escuchado con ansia al principio, luego con atención, y últimamente por deber.

También me levanté yo. — Padre mío, le respondí, déjeme usted solo por un poco de tiempo.

— ¿Y cuándo he de volver? me preguntó.

— Yo se lo avisaré a usted.

Salió sin hablar palabra, pero meneando la cabeza, como quien dice entre sí: — Este es un impío.

¡Eso no! Por profundo que sea el precipicio en que he caído, no soy yo un impío, y Dios sabe de que creo en él con la sinceridad de mi alma. Pero ¿qué me ha dicho este anciano? Nada verdaderamente sentido, nada tierno, nada bañado en lágrimas, nada arrancado del alma, ni que viniese de su corazón al mío, nada en fin de él a mí. Al contrario, palabras vagas, sin acento, aplicables a todo y a todos; enfático cuando hubiera debido ser profundo; difusión en vez de sencillez; una especie de sermón sentimental, en vez de consuelo evangélico. De cuando en cuando citas de San Agustín o San Gregorio, y frases enteras en latín. Además, parecía que estaba recitando una lección ya veinte veces pronunciada, o repasando un tema borrado de la memoria a fuerza de saberlo bien. Pero ni una mirada en los ojos, ni en la voz un acento, ni una expresión en el semblante.

¿Y podría ser acaso de otro modo? Este sacerdote es el capellán titular de la cárcel. Su obligación es la de consolar y exhortar, y de eso vive. Los presidiarios y los reos de muerte forman la jurisdicción de su elocuencia. Él los confiesa y asiste en cumplimiento de su deber; y así ha envejecido acompañando hombres a la muerte. Ya hace mucho tiempo que le son a él familiares las escenas que hacen temblar a otros; sus cabellos empolvados no se erizan ya por ningún motivo; y las galeras y el patíbulo son para él infortunos cotidianos. Su sensibilidad ha desaparecido a fuerza de uso. Quizá tiene su cuaderno: tal página para los galeotes, tal otra para los reos de muerte. Le avisan por la víspera, que al día siguiente tendrá que consolar a un hombre a tal hora; pregunta él entonces si es de galeras o de patíbulo, lee la pá-

gina correspondiente, y viene luego. Así sucede que los que van a Tolón o a la plaza de Grève, son para él un tópico común, así como es él tópico común para ellos.

¡Ah! Que vayan a buscarme en vez del capellán de la cárcel, algún vicario joven, algún cura anciano, a la casualidad, en la primer parroquia que se encuentre; que le saquen de junto al fuego, a donde leía su libro sin esperar cosa alguna, y que le digan: — Ahí hay un hombre que va a morir, y es necesario que sea usted quien lo consuele. Es preciso que esté usted allí cuando le aten las manos; allí cuando le corten los cabellos; que suba usted con él en la carreta con su crucifijo en la mano para ocultarle el verdugo: que con él sufra usted el traqueteo del carruaje hasta la plaza de Grève; que atraviese usted con él la aborrecible plebe, sedienta de sangre; que le abrace usted al pie del cadalso, y que se quede con él hasta que le hayan separado la cabeza del cuerpo. ¡Entonces, entonces que me le traigan, palpitando y trémulo todavía de los pies a la cabeza! Yo me arrojaré a sus brazos; abrazaré sus rodillas; sus lágrimas bañarán mi frente; lloraremos juntos entonces, y él será elocuente y me dará consuelo; se aligerará mi corazón en el suyo, y él recibirá mi alma, y yo recibiré su Dios.¹

Pero este buen anciano, ¿qué ha hecho por mí? — ¿Quién soy yo a su vista? Un individuo de la especie desgraciada, una sombra parecida a las muchas que él ha visto; una unidad que añadir al número de los suplicios.

Quizás yerro en pensar así de él. Él es el bueno y yo soy el malo. ¡Ay de mí! Que no es por culpa mía, sino porque mi aliento de reo de muerte lo infesta y marchita todo.

Acaban de traerme el alimento, de que creían podría tener necesidad. Una mesa delicada y muy bien puesta, con un pollo, creo que era, y alguna otra cosa más. Quise hacer un esfuerzo para tomar algo, pero no pude pasar ni el primer bocado. — ¡Tan amargas y fétidas me parecían aquellas viandas!

¹. Nuestro reo solicitaba consuelos sensibles; los de la religión pertenecen a una esfera más elevada, porque sus verdades comunican al alma una fuerza interior e inefable, con la cual triunfa hasta de la misma muerte. El efecto de la palabra divina está en ella misma, no en la manera de anunciarla. A la verdad, los sacerdotes que se consagran al penoso ministerio de au-

xiliar a los reos, deben, según el consejo general de San Pablo, *de hacerse todo para todos*, proporcionar sus exhortaciones a la capacidad, a la situación, y al carácter particular del infeliz a quien asisten: mas no debe olvidarse que estos cuidados puramente humanos, aunque recomendables, no constituyen la fuerza esencial de la predicación. Son medios para administrar la medicina, que después obra por sí misma. (*Nota del traductor.*)

XXXI

Acaba de entrar aquí un hombre con su sombrero puesto que apenas me ha mirado, y abriendo una medida de madera la ha ido llevando por varios sitios de la pared, diciendo con voz muy alta a veces: *esto es*; a veces: *no es esto*.

El gendarma me dijo que era un oficial del arquitecto de la cárcel.

También él por su parte tuvo la curiosidad de saber quién yo era; y después de cambiar algunas medias palabras con el carcelero que le acompañaba, fijó por un momento los ojos sobre mí, sacudió la cabeza con indiferencia, y siguió hablando muy de recio y tomando sus medidas.

Cuando hubo acabado de hacerlo se me acercó diciendo con estrepitosa voz: —Amigo mío, dentro de seis meses estará esta cárcel que dará gusto verla.

Y parecía añadir con su gesto: Es lástima que no pueda usted gozar de ella.

Casi me hablaba sonriéndose, y ya esperaba yo el instante en que se ponía a chancearse alegremente conmigo, como se suele en la noche nupcial con una recién casada.

Mi gendarma, soldado viejo con grandes bigotazos, se encargó de la respuesta. —Caballero, le dijo, sepa usted que no se habla tan de recio en el cuarto de un difunto.

El arquitecto se marchó, y yo me quedé allí como una de las piedras que él medía.

XXXII

Luego me sucedió una cosa ridícula.

Vinieron a relevar a mi buen gendarma, al cual yo, ingrato egoísta, ni siquiera le di la mano. Le reemplazó otro gendarma, hombre de frente baja, de ojos prominentes y de figura inepta.

No atendía yo a cosa alguna de estas. Me había sentado a la mesa de espaldas a la puerta, esforzándome en refrescarme la frente con la palma de la mano, porque mis pensamientos me atormentaban el espíritu...

Una ligera palmada en el hombro me hizo volver la cabeza, y vi junto a mí al nuevo gendarma con quien me había quedado solo.

He aquí sobre poco más o menos de qué modo me dirigió la palabra.

—Criminal, ¿se siente usted de buen ánimo? ¿Tiene usted buen corazón?

—No, le dije.

Lo brusco de esta respuesta parece que lo desconcertó algo. Sin embargo, continuó así, aunque como dudando.

—Nadie es malo por el gusto de serlo.

—¿Por qué no? le repliqué yo. Si nada más tiene usted que decirme déjeme usted en paz. ¿O qué consecuencia quiere usted sacar?

—Perdone usted, mi criminal, respondió. Dos palabras solamente. He aquí: ¿si pudiese usted hacer feliz a un pobre sin que le costase trabajo alguno, no lo haría?

Yo me encogí de hombros. ¿Viene usted acaso de Charenton? le pregunté. ¡Vaso singular elige usted para buscar en él la ventura! ¡Yo hacer dicho- so a nadie!

Bajó entonces la voz, y prosiguió con un aire misterioso que no se convenía bien con su semblante idiota.

—¡Sí, criminal! ¡Sí! ¡Felicidad! ¡Fortuna!— Todo eso me puede usted conceder. Sepa usted que yo soy un pobre gendarma. El servicio es pesado y la paga ligera; mi caballo es mío propio y me come vivo. Pues señor, ha de saber usted que yo juego a la lotería por vía de compensación, porque es menester que el hombre se ingenie, y que tenga alguna industria. Hasta ahora no he ganado por no haber tenido buenos números. Y eso que los busco con todo cuidado de los más seguros, pero siempre me llevo chasco. Si le pongo 76 sale el 77 de fijo; y si los voy manteniendo no vienen nunca. Tenga usted paciencia, si quiere, que ya estoy acabando.—Pues señor, vea usted una buena ocasión para mí. Según dicen, aunque usted perdone, mi criminal, está usted destinado para hoy. Nadie duda de que los muertos que perecen así ven la lotería de antemano. Prométame usted venir mañana a la noche. ¿Qué trabajo le cuesta a usted eso, hombre de Dios?— Y tráigame usted tres números nada más; tres números buenos. ¿Vendrá usted?— Yo no le tengo miedo a los muertos; vuelva usted sin cuidado. He aquí las señas de mi cama: cuartel de Popincourt, escalera A, número 26, al fondo del corredor. Usted me reconocerá bien, ¿no es verdad?— O si usted quiere venga usted esta misma noche, en caso de serle más cómodo.

Yo hubiera desdeñado responder a este imbécil, si una fatua esperanza no hubiese penetrado mi mente. En mi desesperada situación se cree posible romper sus cadenas con un cabello.

—Escucha, le dije, haciéndome el cómico tanto como puede uno que va a morir, yo puedo en efecto hacerte más rico que el rey, hacerte ganar millones, pero ha de ser con una condición.

—¿Qué condición? ¿Qué condición? me dijo, abriendo sus estúpidos ojos.—Cuanto hay en el mundo haré yo por complacerle a usted, mi criminal.

—En vez de tres números, yo te prometo cuatro. Cambia de vestido conmigo.

—Si no es más que eso... dijo él desabrochándose los primeros corchetes del uniforme.

Ya me había yo levantado. Mi corazón palpitaba al observar sus movimientos. Ya veía yo las puertas abriéndose delante del uniforme de gendama; ya la plaza, la calle y el palacio de justicia a mis espaldas.

Pero él seguía como indeciso: —¿Se entiende, dijo, que no es para salir de aquí?...

Aunque conocí desde luego que todo estaba ya perdido, tenté el último esfuerzo, malgrado su inutilidad e insensatez.

—Sí por cierto, le repliqué, pero tu fortuna está hecha...

Él me interrumpió.

—¡No! ¡No! ¡Nada de eso! ¿Y mis números? Para que sean buenos es preciso que esté usted muerto.

Yo volví a desplomarme en mi silla enmudecido, y tanto más desesperado, cuanto mayor había sido mi esperanza.

XXXIII

He cerrado los ojos, y me he puesto las manos delante de ellos para esforzarme en olvidar las cosas presentes pensando en las pasadas. Cuando sueño así, vuelven a mi mente las reminiscencias de mi infancia y juventud, una a una, dulces, en calma, y risueñas como islas de flores, en medio del golfo de pensamientos tenebrosos y confusos, cuyas tempestades llenan mi cerebro.

Vuelvo a verme niño, estudiante vivaz y alegre, jugando, corriendo, gritando con mis hermanos en la avenida verde de aquel magnífico jardín donde fluyeron mis primeros años, antiguo recinto de religiosas, que domina con su cabeza de plomo la sombría cúpula del Valle-de-Gracia.

Cuatro años después, héme aquí niño todavía, pero ya distraído y apasionado. Había entonces una joven en el solitario jardín.

La españolita de los ojos rasgados y rica cabellera, la del cutis moreno y dorado, con labios de carmín y mejillas de rosa, Pepa, la linda andaluza de catorce años.

Nos habían dicho nuestras madres que fuésemos a correr juntos: nosotros nos habíamos venido al jardín a pasearnos.

También nos habían dicho que jugásemos; pero nosotros hablábamos como muchachos de la misma edad, pero de diferente sexo.

Sin embargo, no hacía más que un año que aún corríamos y luchábamos juntos. Yo disputaba a Pepita la mejor poma del manzano, y le maltraté un día por un nido de pájaros. Ella lloraba, pero yo creía que estaba bien he-

cho. Fuimos a quejarnos los dos a nuestras madres, que nos reprendieron de recio, disculpándonos en voz baja.

Mas aquella tarde iba yo orgullosísimo y conmovido porque la llevaba del brazo. Nos paseábamos despacito, y hablábamos de quedo. Se le cayó el pañuelo, lo recogí yo al momento, y nos temblaban las manos al ponerse en contacto. Me hablaba ella de los pajarillos, de una estrella que se veía hacia el horizonte, del ocaso encendido del sol, visible por entre los árboles, o bien de sus amigas de escuela, de sus vestidos y de sus cintas. Nos decíamos cosas inocentes, y nos ruborizábamos de ellas; en fin, la niña se había ya vuelto joven.

Pasaba esto una tarde de verano debajo de los castaños en el fondo del jardín. Después de uno de aquellos largos intervalos de silencio que llenaban nuestros paseos, soltó Pepa repentinamente mi brazo, y exclamó: ¡Corramos!

—¡Todavía me parece que la veo! ¡Iba vestida de luto por la muerte de su abuela! Sin duda le pasó por la mente una idea infantil, y Pepa volvió a ser Pepita cuando me dijo: ¡corramos!

Y salió por delante de mí con aquella cintura frágil como la de una abeja; y los ligeros y pequeñuelos pies levantándole la ropa hasta la mitad de la pierna. Yo la seguía en su huida, y el viento de la carrera le suspendía el pañuelo, mostrándome su espalda fresca y morena.

Iba yo fuera de mí. Al fin la alcancé cerca de una cisterna vieja ya arruinada, le ceñí el brazo por la cintura usando del derecho de la victoria, y la hice sentar en un banco de césped, sin encontrar ninguna resistencia de parte suya. Estaba ella jadeando y riéndose al mismo tiempo; yo serio y mirando con adoración las niñas negras de sus ojos, por entre las negras pestañas que los circuían.

—Siéntate junto a mí, me dijo. Todavía se ve; leamos un poco. ¿Traes algún libro?

Llevaba conmigo el tomo 2.º de los *Viajes de Spallanzani*; lo abrí por cualquier parte, me acerqué a ella, y sustentando con mi espalda la suya nos pusimos a leer la misma página cada uno para sí. Pero me tenía que esperar ella siempre antes de volver la hoja. Su espíritu era más vivaz que el mío. —¡No has acabado aún! me preguntaba cuando aún leía yo por el principio.

Se tocaban entretanto nuestras cabezas; se habían mezclado ya nuestros cabellos; nuestros alientos se acercaron poco a poco, y nuestras bocas repentinamente.

Cuando quisimos continuar la lectura estaba ya el cielo estrellado.

—¡Si viera usted, mamá, dijo Pepita al entrar en casa, si viera usted lo que hemos corrido!

Yo estaba callado por mi parte.

—¡Y no se te ocurre a ti nada, niño! me preguntó mi madre.— Parece que estás como triste.— ¡Tenía yo un paraíso en el corazón!

No se me olvidará aquella tarde en toda mi vida.

¡Toda mi vida!... ¡Tan próximo a la inflexible eternidad, me distraen todavía las ilusiones de mi primera juventud!... Mas ¡quién pondrá freno a la imaginación de un desgraciado que delira!

XXXIV

Acaba de sonar una hora pero no sé cuál, porque no oigo distintamente el martillo del reloj. Me parece que tengo un ruido como de un órgano en los oídos; sin duda los últimos pensamientos que me zumban por la cabeza...

En este momento supremo, en que me recojo dentro de mis recuerdos, veo mi crimen con horror; pero más todavía de lo que me arrepiento quisiera arrepentirme. Sentía yo más remordimientos antes de recibir la sentencia; desde entonces parece que no tengo capacidad para otros pensamientos que los de muerte. Sin embargo, querría arrepentirme mucho.

Cuando me detengo a pensar por un instante en mi vida pasada, y vuelvo de nuevo a contemplar el patíbulo que va ahora mismo a concluirla, me pongo trémulo como si me cogiese de improviso. ¡Mi bella infancia! ¡Mi juventud lozana! ¡Suave y dorado cendal con las puntas ensangrentadas! Hay entre entonces y ahora un río de sangre por donde corre la del otro y la mía.

Si se publicara mi historia en adelante, ¡quién creería, después de tantos años de inocencia y de felicidad, en este último, que se abre con un crimen y se cierra con un patíbulo! No tendría esta parte analogía ni semejanza con la otra.

Y con todo, no era yo naturalmente malo... ¡hombres y leyes miserables!

¡Ah! ¡Ir a morir dentro de algunas horas, y pensar que hace un año estaba yo tal día como hoy libre y puro, dando mis paseos de otoño, vagando por entre los árboles, pisando las hojas que caían de ellos!

XXXV

¡Y hay en este mismo instante cerca de mí, en las casas que circunvalan el palacio de justicia y la plaza de Grève, y por todo París, hombres que van y vienen, hablan y ríen, leen los diarios, y piensan en sus negocios; mercaderes que venden; jóvenes que preparan sus vestidos de baile para esta noche; y madres que juegan con sus hijos!

XXXVI

Me acuerdo de que siendo muchacho fui a ver un día el bordón de la iglesia de Nuestra Señora.

Ya estaba atolondrado de haber subido la oscura escalera de caracol, recorrido la frágil galería por donde las dos torres se comunican, y tenido a París a los pies, cuando entré en la jaula de piedra y maderos donde pende el bordón con su badajo de mil libras.

Iba temblando por las mal juntas tablas con los ojos fijos en aquella campana tan famosa entre los muchachos y el pueblo de París, y observaba, no sin miedo, que estaban al nivel de mis pies las vertientes cubiertas de pizarra que en planos inclinados rodean el campanario. En los intervalos veía como a vuelo de pájaro la plaza de la fachada de Nuestra Señora, y los que por ella pasaban como hormigas.

Repentinamente sonó la enorme campana, y una vibración profunda agitó el aire, e hizo oscilar la pesada torre. El suelo temblaba sobre las vigas. Casi me arrojó a tierra el ruido; titubeaba ya, y me veía caer y resbalar por las vertientes inclinadas de pizarra. Me acosté de terror en las tablas, apretándolas estrechamente con los dos brazos, sin palabra, sin resuello, con aquel formidable retintín en los oídos, y delante de los ojos el precipicio, y la profunda plaza por donde se cruzaban tantos pasajeros pacíficos y envidiados.

Pues todavía me parece que estoy en la torre del bordón. Todo lo que siento me aturde y deslumbra. Un ruido como el de una campana vibra por las cavidades de mi cerebro; y solo percibo ya en derredor mío aquella vida

nivelada y tranquila que he abandonado, y por donde aún van los otros hombres, allá en la lejanía, y al través las grietas de un abismo.

XXXVII

La casa municipal es un edificio siniestro.

Aquel techo agudo y raído, aquel esquilón grotesco; el grande cuadrante blanco, los pisos divididos por tantas columnillas; las mil ventanas que quiebran la fachada; las escaleras gastadas por el continuo paso, los dos arcos de la derecha y de la izquierda, todo parece edificado para acompañar la plaza de Grève; sombrío, lúgubre, carcomido del tiempo, y tan negro, que hasta al sol parece negro.

Los días de ejecución vomita gendarmes por todas partes, y mira al reo con todas sus ventanas.

Y por la noche, el mismo cuadrante que indicó la hora de muerte, se queda iluminado en medio de la tenebrosa fachada.

XXXVIII

La una y cuarto...

He aquí lo que siento ahora:

Un violento dolor de cabeza. Los costados fríos, y la frente ardiendo. Cuando me levanto o me inclino, me parece que flota algún líquido por mi cerebro, y que me arroja los sesos contra las cavidades del cráneo.

Me dan temblores convulsivos, y de cuando en cuando se me cae la pluma de la mano, como a impulsos de un choque galvánico.

Los ojos me lloran y me pican cual si estuviese en medio de una espesa humareda.

Me duelen mucho los codos.

Dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya estaré curado.

XXXIX

Dicen que no es nada, que no se padece apenas, que es un fin muy dulce, y que la muerte está de este modo bastante simplificada.

¿Y qué es, pues, esta agonía de seis semanas, y este ahogúo de todo un día? ¿Qué son las angustias de estas irreparables veinticuatro horas que pasan tan despacio y tan de prisa? ¿Qué es esta escala de tormentos que va a salir al patíbulo?

¿Acaso no son estos padecimientos?

¿Dejará de ser lo mismo, y de traer las mismas convulsiones, el derramar la sangre gota a gota, o el apagar la inteligencia pensamiento a pensamiento?

¡Y luego dicen que no se padece! ¿Están ellos seguros de eso? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Se cuenta de que ninguna cabeza cortada se haya jamás levantado chorreando sangre del fondo del canasto, y que haya gritado al pueblo: ¿Esto no hace daño? ¿Hay quizás muertos hechos por su mano que hayan vuelto a darles las gracias diciéndoles: ¡Bien inventado está! ¡Conserven ustedes su mecánica que es muy buena!

¡No! ¡Si no es nada! En menos de un minuto, en menos de un segundo está todo acabado. — ¿Se han puesto ellos jamás, ni aun por pensamiento, en lugar del que padece, en el momento en que la pesada cuchilla le muerde la carne, le rompe los nervios, le hace las vértebras pedazos...? Pero ¡qué! ¡Si no pasa de medio segundo! — Si el dolor se escamotea....

¡Qué horror!

XL

Es cosa singular, que no puedo menos de estar siempre pensando en el rey. Por más que hago, por más que quiero distraerme, hay una voz que me está incesantemente diciendo al oído:

—En esta misma ciudad, a esta hora, y no lejos de aquí, hay en otro palacio un hombre que tiene también guardias en todas las puertas, un hombre único como tú en el pueblo, con la sola diferencia de que él está tan alto como tú bajo. Su vida entera minuto por minuto, no es más que gloria, grandeza, delicias y júbilo. Todo es alrededor suyo amor, veneración y respeto. Las voces más altas se bajan para hablarle, y se doblan en su presencia las frentes más elevadas. No descansan sus ojos más que en sedas y en oro. A estas horas tiene probablemente algún consejo de ministros, donde todos son de su dictamen; o bien piensa en la cacería de mañana o en el baile de esta noche, seguro de que vendrá la fiesta a la hora señalada, y que tomarán otros con gusto el trabajo que sus placeres ocasionen. ¡Pues bien! — ¡Este hombre es de carne y de hueso como tú! — Y para que al instante mismo tu horrible suplicio se desplomara, para que cuanto desees te fuese devuelto, tu vida, tu libertad, tu familia y tus bienes, bastaría que escribiese con esta pluma las letras de su nombre en un pedazo de papel, y aun sería suficiente que su carroza encontrase por casualidad tu carreta. — Y es el rey bueno, y quizá no desearía otra cosa que librarte, y puede hacerlo, y no lo hará sin embargo.

XLI

Puesto que no hay remedio, tengamos valor con la muerte. Abracemos esta horrible idea con pecho firme; considerémosla cara a cara. Pidámosle cuenta de lo que es; sepamos qué quiere de nosotros; volvámosla en todos sentidos; descifremos el enigma y miremos de antemano en el sepulcro.

Me parece que cuando se cierren mis ojos me veré inundado de claridad, sumergido en abismos de luz, por donde mi espíritu flotará sin fin. Estarán los cielos iluminados por su propia esencia, y los tachonarán los astros con puntos oscuros; y en vez de ser como para los ojos vivos granos de oro sobre terciopelo negro, parecerán al contrario puntos negros sobre tisú de oro.

O bien, ¡infeliz de mí! será una caverna espantosa y profunda, tapizada de tinieblas, por donde iré cayendo para siempre, y veré otras formas moverse en la oscuridad.

O quizás al despertar después del golpe de gracia, me encontraré en alguna superficie húmeda y plana, arrastrándome por las sombras como una cabeza que va rodando. —Puede ser que algún formidable viento me empuje, y que de cuando en cuando tropiece con otras cabezas ambulantes. A intervalos se aparecerán lagos y arroyos de un líquido tibio y desconocido, y estará todo negro por todas partes. Cuando en mi rotación se vuelvan los ojos hacia arriba, solo verán un cielo umbrío, cuyas tinieblas gravitarán sobre ellos, y a lo lejos, en el fondo, grandes arcos de humo más negros que las tinieblas. También verán voltear por las noches chispas encarnadas, que al acercarse quedarán convertidas en pájaros de fuego; —y durará esto por toda la eternidad.

Acaso podría suceder, que se juntasen los muertos de la Grève en ciertas épocas determinadas, en las negras noches del invierno, y volviesen a la plaza adonde finaron. ¡Turba pálida y sangrienta, a cuyas reuniones no faltaré yo nunca! No nos alumbrará la luna, y hablaremos en voz baja. Allí estará la casa municipal con su carcomida fachada, su techo raído, y aquel cuadrante tan despiadado para nosotros. Tendremos en la plaza una guillotina de los infiernos, en que un demonio ejecutará a un verdugo. Será esto a las cuatro de la mañana, y a nuestra vez nosotros formaremos entonces el gentío en derredor.

Es muy probable que así sea. Pero si tales muertos vuelven, ¿en qué forma lo hacen? ¿Qué parte conservan de sus incompletos y mutilados cuerpos? ¿Qué escogen para volver al mundo? ¿Cuál es el espectro, el tronco o la cabeza?

¡Ay de mí! ¿Qué hará la muerte con nuestro espíritu? ¿Qué naturaleza dejará? ¿Qué añadirá o sustraerá de su esencia? ¿Le prestará a veces ojos de carne para mirar la tierra y llorar por ella?

¡Ah! ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! ¡Que me traigan un sacerdote y un crucifijo que devorar a besos!

¡Dios de mi alma! ¡Tú solo eres misericordioso; tú solo siempre el mismo!

XLII

Le pedí a Dios que me concediese algunos momentos de descanso, y me tendí en el catre.

Tenía yo en efecto un lago de sangre en la cabeza, que me reconcilió el sueño. — ¡Último que dormiré de esta especie!

También he tenido ensueños.

Soñaba que era por la noche, que me hallaba en mi gabinete con dos o tres amigos míos, no me acuerdo quiénes.

Mi mujer estaba acostada en la próxima alcoba, durmiendo con su niña.

Mis amigos y yo hablábamos en voz baja, pero nos causaba miedo lo que decíamos.

De pronto creí oír ruido en alguna otra pieza de la casa: un rumor débil, indeterminado y extraño.

Mis amigos lo habían oído lo mismo que yo. Escuchamos juntos, y era como una cerradura que se abre con llave sorda, o un cerrojo que se lima de quedito.

Yo no sé qué circunstancia secreta nos helaba a todos, y nos tenía traspasados de miedo. Pensamos que tal vez habría ladrones, que se habrían introducido en mi casa a aquella hora tan avanzada de la noche.

Resolvimos ir a ver lo que era; me levanté, tomé una luz, y me siguieron mis amigos uno a uno.

Atravesamos la alcoba contigua, adonde dormía mi mujer con su niña.

Llegamos luego al estrado. No observamos cosa de particular. Los retratos estaban inmóviles dentro de sus marcos de oro, y descansando en la purpúrea tapicería. Advertí, empero, que la puerta que va del estrado al comedor no estaba en su lugar acostumbrado.

Entramos en el comedor y lo recorrimos todo, yendo yo delante. La puerta de la escalera estaba bien cerrada, y lo mismo las ventanas. Al llegar a la chimenea observé que el armario de la mantelería estaba abierto, y que caía su puerta sobre el ángulo de las dos paredes como para ocultarlo.

Me sorprendió aquello, y todos creímos que habría alguien escondido detrás de la puerta.

Llevé a ella la mano para cerrar el armario, pero encontré resistencia. Más admirado aún, redoblé los esfuerzos, cedió la puerta bruscamente, y nos descubrió una vejezuela con las manos colgando, los ojos cerrados, inmóvil, de pie, y como pegada al ángulo de las paredes.

Tenía esta aparición no sé qué de horroroso. Los cabellos se me erizan de acordarme.

Le pregunté a la vieja: —¿Qué hace usted ahí?

No me contestó nada.

¿Quién es usted? —le interrogué de nuevo.

No me respondió tampoco, ni hizo el más leve movimiento, y siempre con los ojos cerrados.

Mis amigos dijeron: —Esta es sin duda cómplice de los que han entrado aquí con malas intenciones; se habrán escapado ellos cuando nos oyeron venir; no habrá podido acompañarlos, y se escondería detrás de la puerta del armario.

Yo la interrogué por tercera vez; pero seguía sin voz, sin vista ni movimiento.

Uno de nosotros la empujó hacia el suelo, adonde cayó al momento toda de una vez sin doblarse, como un pedazo de madera, o como una cosa muerta.

Le dimos con el pie, sin que esto produjese efecto alguno, y luego la levantaron dos de mis amigos, apoyándola de nuevo contra la pared. A pesar de tanto movimiento no daba señal de vida. Le gritaban al oído, y continuaba muda como si la voz no hiciera impresión en sus órganos.

Pero nosotros íbamos ya perdiendo la paciencia, y no dejaba de haber ira bastante mezclada con nuestro terror. Uno de mis amigos me aconsejó que le pusiese la bujía debajo de la barba; y yo le apliqué en efecto la inflamada mecha. Al calor del fuego medio abrió un ojo. — Un ojo vacío, marchito, espantoso y que no miraba.

Entonces retiré el mechero encendido diciendo: — Gracias a Dios que ya vuelves en ti. ¿Responderás ahora, vieja hechicera?

El ojo volvió a cerrarse como de sí mismo.

— Ya es esto demasiado, dijeron los otros. — ¡La bujía! La bujía hasta que hable.

Le volví a poner la luz debajo de la barba.

Abrió entonces los ojos muy despacio, nos miró a todos el uno después del otro, y bajándose inesperadamente apagó la luz con un soplo helado. Al punto mismo en que nos quedamos en tinieblas sentí el calor de una boca, y tres dientes agudos traspasándome la mano.

Me desperté trémulo, y bañado en sudor frío.

El buen capellán estaba sentado a los pies de mi cama leyendo sus oraciones.

— ¿He dormido mucho tiempo? le pregunté.

— Hijo mío, una hora completa has dormido. Te han traído a tu hija, que está en el otro cuarto esperando. Yo no he querido que te despertaran.

— ¡Oh! grité, no sé si herido de dolor o de alegría. ¡Mi hija! ¡Que me traigan a mi hija!

XLIII

Es sonrosada, fresca, con ojos rasgados, y muy hermosa.

Le han puesto un vestidito que le sienta muy bien.

Yo la tomé por debajo de los brazos, la levanté en el aire, me la senté en las rodillas, y le besé los cabellos.

¿Por qué no ha venido su madre? — Su madre está mala, y su abuela lo mismo. — Muy bien.

Me miraba ella con cierta especie de admiración, y se dejaba acariciar, besar, devorar a besos, dirigiendo de cuando en cuando una inquieta ojeada hacia su nodriza, que estaba llorando en un rincón.

Al fin pude yo hablar.

— ¡María! le dije. ¡Mariquita mía!

Y me la estrechaba violentamente al seno hinchado de sollozos. — Dio en esto un ligero ay diciendo: ¡Que me lastima usted, caballero!

¡*Caballero!* — Pronto hará ya un año que la desgraciada criaturita no me ha visto. Ya se ha olvidado de mí, de mi semblante, palabra y acento; y además, ¿quién podrá reconocerme con esta barba, esta palidez y estos vestidos? ¡Cómo! — ¡Ya borrado de esta memoria, la sola en que hubiese querido vivir! Antes de la muerte, ¿he dejado ya hasta de ser padre? — ¡Condenado estoy a no oír más aquella palabra de la infancia, aquella palabra tan dulce, que no puede quedarse en la lengua de los hombres: *papá*.

Y sin embargo, haberla oído pronunciar por esta boca una vez más, solo una vez que la hubiera escuchado, he aquí la recompensa que habría pedido por los cuarenta años de vida que me quitan.

—Escucha, María, le dije, juntando sus manecitas en las mías. —¿No me conoces?

Se puso a contemplar mi fisonomía con sus bellísimos ojos, y me respondió: —No por cierto.

—Mírame bien, le repetí. ¿Cómo puede ser eso? ¿Pues qué, no sabes tú quién yo soy?

—Sí que lo sé, dijo ella. Un caballero.

—¡Ah! ¡No amar ardientemente más que un solo individuo del mundo, amarlo con todo su amor, tenerlo delante de sí, hablarle, acariciarlo, recibir sus miradas y sus palabras y no ser conocido! ¡No desear más consuelo que el suyo, y ser él el solo que ignore cuánto se necesita el consuelo porque se está esperando la muerte!

—María, continué, ¿no tienes tú papá!

—Sí señor, me respondió el angelito.

—Pues bien, ¿y adónde está!

Volvió a levantar los grandes y admirados ojos. —¡Ah! exclamó. —Pues qué, ¿no lo sabe usted! Se ha muerto.

Y gritó luego asombrada, porque casi se me había caído de los brazos.

—¡Muerto! le dije. María, ¿sabes tú lo que quiere decir estar muerto!

—Sí señor, me contestó. Papá está en la tierra y en los cielos.

Luego continuó por ella misma:

Yo le pido a Dios por él todas las mañanas y todas las noches sobre las rodillas de mamá.

Le di un beso en la frente diciéndole: —María, repítame tu oración.

—No señor, no puedo hacerlo caballero. Las oraciones no se rezan de día por la calle. Venga usted esta noche a mi casa y se la repetiré....

¡Ya era esto demasiado! Yo la interrumpí precipitadamente:

—María, yo mismo soy tu padre.

—¡Ah! me dijo.

Y añadí luego: —¿Quieres tú que sea yo tu papá?

Mi hija separó la cabeza de mí diciendo: —No señor; que mi papá era mucho más hermoso.

Entonces la cubrí de lágrimas y de besos, mientras hacía ella por desenredarse de mí diciendo: me lastima usted mucho con la barba.

Me la acomodé mejor en las rodillas devorándola con la vista, y preguntándole enseguida:

—¿Sabes tú leer, María?

—Sí, me respondió; por supuesto que sé leer. Mamá me enseña las letras.

—Vamos a ver; lee un poquito, le dije, señalándole un papel que tenía arrugado en una de sus manos.

Inclinó la linda frente, y dijo luego: —Pero yo no sé leer más que fábulas.

—No importa. Mira a ver si puedes. Vamos, lee.

Y desliando el papel se puso a deletrear apuntando las letras con el dedo: —S, E, N, *sen*, T, E, N, *ten*, *senten*, C....

Yo le arranqué el papel de las manos. ¡Mi sentencia de muerte era lo que me estaba leyendo! Su nodriza la había comprado por un cuarto. ¡Harto más cara me costaba a mí!

No hay palabras con que expresar lo que sentí en aquel momento. —Mi violencia la asombró mucho; y casi llorando me dijo: —Déme usted mi papel; si no es más que para jugar. Yo volví mi hija a la nodriza. —Llévesela usted, le dije;

Y caí de nuevo en la silla sombrío, desamparado y lleno de desesperación. ¡Ahora sí que deberían venir! ¡Nada me eslabona ya a la vida! ¡La última fibra de mi corazón se ha quebrado! Solo soy ya bueno para lo que van a hacer conmigo.

XLIV

El sacerdote es muy bueno, y también el alcaide. Creo que han derramado una lágrima cuando dije que se llevasen a mi hija.

¡Ya se acabó! Ahora es menester que me fortalezca dentro de mí mismo, que piense con firmeza en el verdugo, en la carreta, en los gendarmas, en el gentío del puente, en el gentío de los muelles, en el gentío de las ventanas, y en el que habrá expresamente para mí en aquella lúgubre plaza de Grève, que podría estar empedrada con las cabezas que ha visto caer.

Me parece que me queda todavía una hora para familiarizarme con todo esto.

XLV

Reirá todo ese populacho, dará palmadas y voces de aplauso, y entre tantos hombres libres y desconocidos de los carceleros, como se apresuran a ver una ejecución llenos de alegría, entre aquel concurso de cabezas extendidas por la plaza, habrá más de una predestinada, que seguirá a la mía tarde o temprano, dentro del canasto encarnado. Más de una que viene por mí hoy, y vendrá por sí otro día.

Hay para estos entes desgraciados un cierto punto en la plaza de Grève, sitio fatal, centro de atracción de que no pueden escaparse; una especie de trampa. Se vuelven y revuelven en derredor suyo hasta caer al fin en ella.

XLVI

¡Pobre Mariquita! — Ya se la han llevado a jugar; y va ella mirando el gentío por la portezuela del coche, sin acordarse más de aquel *caballero*.

Quizá tendré lugar todavía de escribir algunas páginas para ella, a fin de que las lea un día, y llore por hoy dentro de quince años.

Sí, es necesario que sepa por mí mi historia, y el motivo por qué le dejo un nombre sangriento.

XLVII. MI HISTORIA

Nota del editor. No se han podido aún encontrar las hojas que seguían a este título. Quizá, como parece indicarse en las siguientes, no ha tenido el reo tiempo para escribirlas. Ya era demasiado tarde cuando se le ocurrió este pensamiento.

XLVIII. EN UN CUARTO DE LAS CASAS MUNICIPALES

¡Las casas municipales!... Ya estoy pues en ellas. El execrable camino se ha pasado ya. Allí enfrente está la plaza, y debajo de la ventana el odioso populacho, que aúlla, ríe y me espera.

En vano quiero fortalecerme y alentarme; el corazón se me ha desfallecido. Cuando he visto por cima de las cabezas aquellos dos brazos encarnados con su triángulo negro por arriba, alzándose entre los dos faroles del muelle, el corazón me ha faltado. — Pedí hacer mi última declaración, y me han depositado aquí, mientras van a buscar algún procurador general. Aquí le estoy esperando, y siempre eso se gana.

He aquí:

Las tres estaban dando, cuando vinieron a decirme que ya era tiempo. Me puse a temblar al oírlo como si hubiese pensado en otra cosa hace ya seis horas, seis semanas, seis meses enteros. Me sobrecogió aquello como un golpe inesperado.

Me hicieron luego atravesar mil corredores y bajar mil escaleras. Me empujaron después por entre dos portezuelas del piso bajo dentro de una sala sombría, estrecha, abovedada, que ilumina apenas un día de lluvia y de neblina.

Había en medio de la sala una silla, en que me dijeron que me sentase, y me senté en efecto.

Cerca de la puerta, y por junto a las paredes, se veían algunas personas en pie, además del sacerdote y los gendarmas, y había también tres hombres.

El primero, el más alto y viejo, era grueso, y tenía la cara muy encarnada. Estaba de levita, y con un disforme sombrero de tres picos. ¡Este era el hombre!

Era el verdugo, el ayuda de cámara de la guillotina. Los otros dos, sus ayudas de cámara de él.

Apenas me había sentado se acercaron estos dos a mí por detrás como dos gatos, y en el instante mismo sentí en la cabeza un frío como de acero, y las tijeras me rozaron las orejas.

Me caían los cabellos cortados al acaso en largas mechas sobre los hombros, y el verdugo se entretenía en pasar por ellos suavemente su larga y gruesa mano.

Hablaban en voz baja alrededor mío.

Por fuera se oía un grande ruido, una especie de temblor continuado que ondulaba por los aires. Creí al principio que sería el río; pero conocí después que era el populacho por el ruido de las carcajadas.

Un joven que estaba cerca de la ventana escribiendo con un lápiz en una cartera, preguntó cómo se llamaba lo que estaban haciendo allí. — El tocador del reo, respondió uno de los carceleros.

Mañana saldrá probablemente esta respuesta en los diarios.

A deshora sentí que uno de los criados me había quitado la chaqueta, y cogiéndome el otro las dos manos, que tenía yo colgando, me las puso a la espalda, atándome lentamente con una cuerda las unidas muñecas. Al mismo tiempo me quitó el primero el corbatín. La camisa de batista, solo andrajo que me quedaba ya de mí mismo en otros tiempos, le hizo como titubear por un instante, y luego se puso a cortarle el collarín.

A esta precaución horrible, al contacto del acero que me tocaba el cuello, me temblaron los codos, y dejé escapar un sollozo medio ahogado. La mano del ejecutor tembló al oírlo. — Perdone usted, caballero, me dijo. ¿Le he hecho a usted mal? — Son estos verdugos hombres de un carácter muy dulce.

Cada vez se oían más altos por afuera los alaridos de la plebe.

El hombre del semblante amoratado me ofreció para que lo aspirase un pañuelo mojado en vinagre. Gracias, le dije, con la voz más elevada que pude; es del todo inútil; yo me siento bien.

Entonces se bajó uno de ellos y me ató los pies con una cuerda fina y floja, que no me permitía andar sino a muy corto paso. La punta de esta cuerda vino a atarse a la que me apretaba las manos.

Después el hombre obeso me echó la chaqueta por los hombros, atándome las mangas debajo de la barba. Lo que él tenía que hacer allí estaba ya hecho.

El sacerdote se acercó a mí con su crucifijo, y diciéndome con voz tierna. — ¡Vamos, hijo mío!

Al mismo tiempo me cogieron los criados por los mollos de los brazos, me levanté y anduve. Pero eran mis pasos trémulos e inciertos, como si hubiese tenido dos rodillas en cada pierna...

La puerta principal también se abrió entonces, y un clamor furioso, un aire frío, y una luz blanquizca, llegaron hasta mí en las tinieblas. Desde el fondo de mi sombrío y pequeño apartamento vi bruscamente, y en conjunto al través de la lluvia, las mil cabezas aulladoras del pueblo, apiladas confusamente en la inclinación de la grande escalera del palacio. Había a la derecha al nivel del suelo, una línea de gendarmas de caballería, de quienes no me dejaba ver la puerta por ser tan baja, más que los brazos y pretales de los caballos; en frente un piquete de soldados en batalla; a la izquierda la parte posterior de una carreta, a la cual se apoyaba una escala raída. ¡Pintura horrible y digna de la puerta de una cárcel!

Para este temido momento había yo reservado mi valor. Di tres pasos y aparecí en público.

¡Hélo allí! ¡allí sale ya! gritaba el gentío, y los que estaban más cerca palmeaban con vehemencia.

Por mucho que amen al rey, su presencia causaría menos júbilo. — Era una carreta ordinaria, con un caballo ético, y un carretero de camisón azul con vivos rojos, como los de los arrieros de las cercanías de Bicêtre.

El hombre de sombrero de tres picos subió el primero. — Buenos días, señor Sanson, gritaban los muchachos encaramados por las ventanas. — Un

criado entró después. — ¡Bravo! señor Martes, gritaron de nuevo los muchachos. — Los dos se sentaron en el banco anterior.

Ahora seguía mi turno, y subí con un continente bastante firme. — ¡Qué entero va! dijo una mujer al lado de los gendarmas, y este atroz elogio me reanimó mucho. El sacerdote vino a sentarse junto a mí. Iba yo colocado en el asiento de atrás con la espalda vuelta hacia el caballo, para que no viese lo que me esperaba. Esta última atención me hizo temblar.

¡Usar de humanidad en esto!

Quise mirar alrededor mío: gendarmas delante, gendarmas detrás; luego gentío, gentío y gentío. ¡Una mar de cabezas en la plaza!

Un piquete de gendarmería a caballo vino a esperarme a la puerta de hierro del palacio de justicia.

El oficial pronunció la voz de mando, y la carreta y su cortejo se pusieron en movimiento, como impulsados por un alarido de la plebe.

Pasamos la puerta de hierro, y al volverse la carreta hacia el Puente-del-Cambio, resonó un vocerío espantoso por toda la plaza desde el suelo a los tejados, y respondieron los otros puentes y los muelles con estrépito bastante para producir un terremoto.

— Allí se unió a la escolta el piquete que nos esperaba.

— ¡Abajo los sombreros! ¡Abajo los sombreros! gritaban al par mil bocas. — ¡Lo mismo que para el rey!

Yo prorrumpí también en una risa horrible, diciéndole al sacerdote: — Ellos los sombreros y yo la cabeza.

Íbamos marchando a paso regular. El mercado de las flores embalsamaba el aire con su fragancia. Las revendedoras abandonaron sus ramilletes para verme...

En frente de nosotros, antes de llegar a la torre cuadrada que forma la esquina del palacio de justicia, hay una porción de tabernillas, cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores, sobre todo de mujeres, contentísimas de haber logrado tan buenos sitios. El día debe haber sido provechoso para los taberneros.

Se alquilaban para verme subiéndose en ellos, mesas, sillas, andamios y carretas. Todo rebozaba de espectadores. Gritaban a garganta herida los traficantes en sangre humana: —¿Quién quiere sitios? —¿Quién quiere un buen asiento? Yo me enfurecí contra aquel pueblo atroz, y estuve por gritarle: —¿Quién quiere el mío?

En el entretanto adelantaba más y más la carreta; y a cada paso que daba se demolía el gentío que veía yo con mis frenéticos ojos, correr a formarse de nuevo en otros puntos de la carrera.

Al entrar por el Puente-del-Cambio, dirigí por casualidad la vista hacia la derecha, fijándola por cima de las casas en una torre negra, solitaria y erizada de esculturas, sobre la cual se veían de perfil dos monstruos de piedra. — No sé por qué, le pregunté al sacerdote qué torre era aquella. — Santiago de las Carnicerías, respondió el verdugo.

No sé a qué atribuirlo; pero en la neblina, y a pesar de la lluvia fina y blanca que rayaba el aire oblicuamente como los hilos de una araña, nada pasaba alrededor mío que yo no lo observase. Cada uno de estos pormenores me traía su martirio. Faltan las palabras a las emociones...

Por en medio del Puente-del-Cambio, tan ancho y tan lleno de gente, que apenas podíamos continuar nuestra marcha, un horror violento se apoderó de mí, y tuve miedo de caer desmayado. ¡Última vanidad! Entonces hice por atolondrarme yo mismo, por ensordecir y quedarme ciego para cuanto pasaba, excepto para el sacerdote, cuyas palabras oía difícilmente en medio del rumor público.

Le tomé el crucifijo de las manos, y lo besé con ardor y con lágrimas. — ¡Dios mío de mi alma! dije, ¡ten misericordia de mí! Y me esforcé en sumergirme en este pensamiento.

Luego cada vaivén de la dura carreta me distraía, y repentinamente me vi tiritando de frío. La lluvia había penetrado mis vestidos, y me iba mojando la cabeza que ya no tenía cabellos que la defendiesen. —¿Vas temblando de frío, hijo mío? me preguntó el sacerdote. —¡Sí padre, le respondí. Temblando voy; pero ¡ay de mí! que no es solamente de frío!

Al volver el puente algunas mujeres se compadecieron de mí por ser tan joven.

Al fin entramos en la avenida fatal. Ya comenzaba yo a no ver ni oír. Todas aquellas voces, las cabezas de las ventanas, las puertas, las rejas de las tiendas y los pescantes de los faroles; los ávidos y crueles espectadores; aquella muchedumbre donde todos me conocían, a donde no conocía yo a nadie, el camino alfombrado y tapizado con caras humanas... Yo iba ebrio, estupefacto, sin sentido... ¡Es insoportable el peso de tantas miradas, apoyándose sobre uno!

Vacilaba ya en el banco, y ni aun podía prestar atención al sacerdote ni al crucifijo.

En el tumulto que me rodeaba no distinguía los gritos de piedad de los de alegría; la risa de la compasión; las voces del ruido; sino que era todo para mí un rumor que me resonaba en el cerebro como en un eco de cobre.

Mis ojos leían maquinalmente los rótulos de las tiendas.

Una vez se me ocurrió el extraño pensamiento de volver la cabeza y mirar el objeto hacia el cual iba caminando. Fue esta la postrimera bravata de la inteligencia. Pero el cuerpo no quiso obedecerla, y se me quedó la nuca paralizada, y como muerta de antemano.

Solo pude entrever lateralmente hacia la izquierda, más allá del río, la torre de Nuestra Señora, que vista por allí oculta la otra. La que yo veía era la de la bandera. Había en ella muchísima gente que debería ver bien.

Seguía empero la carreta adelante, siempre adelante, y pasaban tiendas, y se sucedían rótulos escritos, pintados y dorados, y reía el populacho y se apiñaba en el fango, y me dejaba yo ir como en sus sueños los que están dormidos.

De pronto se cortó la serie de tiendas que ocupaba mis ojos en el ángulo de una plaza; la voz de la muchedumbre se robusteció en extremo, y resonó más voluble y más gozosa; la carreta se detuvo súbitamente, y estuve para caer de boca sobre las tablas. — ¡Valor! me dijo al oído el sacerdote, sosteniéndome con su cuerpo.

Y trajeron luego una escala por detrás de la carreta, me dio el sacerdote la mano, bajé, di trabajosamente dos pasos, pero no pude continuar. Entre los faroles del muelle había visto una cosa siniestra.

¡Ah! ¡Era la realidad misma la que veía!

Me paré como vacilando, y cayéndome ya herido del golpe.

—¡Tengo aún una declaración que hacer! —Dije desmayadamente.

Me subieron aquí entonces.

Pedí que me dejaran escribir mi última voluntad. Me desataron las manos; pero aquí está preparada la cuerda, y lo demás abajo.

XLIX

Un juez, un comisario, y un magistrado, no sé de qué especie, acaban de venir. Yo les pedí mi perdón con las manos cruzadas y arrastrándome de rodillas. El comisario me preguntó con una sonrisa fatal si no tenía que decirle más que aquello.

— ¡Mi perdón! ¡Mi perdón! repetí ardientemente, o por piedad ¡cinco minutos todavía!

¿Quién sabe? ¡Puede que me perdonen aún! ¡Es tan horrible morir así a mi edad! Frecuentemente se han visto perdones que llegan al último momento. ¿A quién le perdonarán la vida si a mí no me la perdonan?

Aquel execrable verdugo se acercó al juez para decirle que la ejecución debía concluirse a una hora determinada, que ya iba a dar aquella hora, y que él era responsable; sobre todo, que llovía, y que podía tomarse de orín la máquina.

— ¡Oh! ¡Por piedad! ¡Concédame usted un minuto para esperar mi perdón! Si no yo me defiendo. ¡Le morderé al que se acerque!

— El juez y el verdugo salieron y me han dejado solo. — Solo con dos gendarmas.

¡Ah! ¡Cómo arroja el horrible populacho sus gritos de hiena!

¿Quién sabe si me escaparé de sus garras? ¿Por qué no me han de salvar? Si me hicieran gracia de la vida... ¡Es imposible que no me perdonen!

¡Ah! ¡La miserable plebe!... Me parece que ya suben la escalera...

LAS CUATRO.

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José García de Villalta publicada en Madrid por la Imprenta de Norberto Llorenci en 1834, a partir del ejemplar digitalizado por Google Books (Biblioteca del Ateneu Barcelonès). Se incluyen el prólogo del traductor, el prefacio de la obra y las notas a pie de página de la edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. Los diálogos, que el impreso marca de varias formas, se presentan con raya. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB